

Vivis al dia



**VIVIR AL DIA.**

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

### EN UN ACTO.

Una coincidencia alfabética.  
Un animal raro.  
Lo que le falta á mi marido.  
Al borde del precipicio.  
Dos y tres... dos.  
Aurora de libertad.  
Una casa de fieras.  
¡El mundo en un armario!!  
La venida del Mesías.

Un Milord de Ciempozuelos.  
Americanos de pega.  
Pedro el Veterano.  
El retrato de Macaria.  
¡El demonio de los Bufos!!!!  
La comedianta Rufina.  
El impuesto de guerra.  
Dos cómicos de provincias.

### EN DOS ACTOS.

Una conversión en diez minutos.  
Un liberal como hay muchos.  
El Can-cán.-¡Atrás, paisano!  
Setiembre del 68 y Abril del 69.

¡El Teatro en 1876!!  
El príncipe Lila.  
Satanás II.  
El Diamante negro.

### EN TRES ACTOS.

La Almoneda del diablo.  
La paloma azul.  
La espada de Satanás.  
El laurel de plata.

La azucena del prado, zarzuela.<sup>1</sup>  
Desde Céres á Flora.  
Los amores del diablo.  
Vivir al día.

### PIEZAS BILINGÜES.

De femater á lacayo.  
Les eleccions d'un poblet.  
Un rato en l'hort del Santissim.  
En les festes d'un carrer.  
La mona de Pascua.  
La flor del cami del Grau.  
La toma de Tetuan; <sup>2</sup> zarzuela.  
Dos pichones del Turia, <sup>3</sup> zarzuela.  
La cotorra d'Alacuas.  
Telémaco en l'Albufera, parodia.  
Una broma de Sabó.  
Una paella.  
Un doctor de secá.

Zapatero... á tus zapatos.  
L'agüelo Patillagroga.  
Nubolaeta d'estiu.<sup>4</sup>  
Carracuca!!!  
La comedianta Rufina.  
El que fuig de Deu...  
Adan y Eva en Burchasot.  
Doña Juana Tenorio.  
Arros en fesols y naps.  
Dos Adans contra un aserp.  
La ocasio la pinten calva.  
Volantins en Chirivella.  
Chavaloyes.

---

1 Música de D. Joaquín Miró.

2 Id. Id.

3 Música de D. F. A. Barbieri.

4 Id. del Sr. Nieto.



# VIVIR AL DÍA,

**COMEDIA**

EN TRES ÉPOCAS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON RAFAEL MARIA LIERN.**

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro ESPAÑOL el 11 de  
Marzo de 1876.



**MADRID.**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

## PERSONAJES.

---

## ACTORES.

---

ENRIQUETA. ....	SRTA. D. <sup>a</sup> GERTRUDIS CASTRO.
ELISA.....	SRA. D. <sup>a</sup> SOFÍA ALVERÁ.
DOÑA ELENA.....	D. <sup>a</sup> EMILIA DANSANT.
PEPITA.....	SRTA. GARÓFALO.
JULIA.....	SRTA. SISILDE.
UNA CRIADA.....	{ D. <sup>a</sup> M. FERNANDEZ.
UNA MODISTA.....	
JULIO.. ..	SR. D. MANUEL CATALINA.
ANTONIO.....	M. PASTRANA.
DON PRÓSPERO.....	G. S. CASTILLA.
ENRIQUE.....	J. ROMEA.
DON MANUEL.....	J. ALVERÁ.
UN LACAYO.....	MOLL.
Convidados de uno y otro sexo.	

---

La accion de la primera época pasa en una alquería del Cabañal de Valencia; la de la segunda en el jardin de un hotel, cerca de Madrid; la de la tercera en Madrid.

---

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

## **AL SEÑOR DON MANUEL CATALINA.**

Justo es que la primera comedia en tres actos que he estrenado en el teatro Español, lleve al frente el nombre de su primer actor.

Á los consejos de usted, á la verdad y buen gusto de su direccion escénica, al delicado esmero que ha distinguido á los artistas en el desempeño de la obra, y sobre todo, á la verdadera creacion que ha hecho usted del papel de Julio, se deben los cariñosos aplausos que el público nos prodiga todas las noches.

Jamás al hacer inventario de mis defectos he tropezado con la ingratitud; y seguro estoy de no encontrarla, si procedo siempre como en esta ocasion. Yo ruego á usted que acepte la dedicatoria de esta comedia con el afecto que siente al dedicársela su mejor amigo

*Rafael Maria Lieru*







---

## PRIMERA ÉPOCA. 1872.

---

Planta baja de una elegante alquería del Cabañal de Valencia.

Á la altura de la segunda caja, un rompimiento con puertas vidrieras y visillos á derecha é izquierda y en el centro un arco sostenido por dos columnas. Desde las columnas parte una especie de corredor ó pasillo que acaba en una puerta con vistas á un jardín. En la derecha del pasillo una puerta que supone ser la de una escalera. Más allá del jardín una tapia con puerta en el centro; á lo lejos horizonte y terrazo de mar. Muebles de los llamados de rejilla. Dos veladores.

### ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA, JULIA y PEPITA. Enriqueta leyendo en un periódico de modas. Las otras dos señoritas jugando al ajedrez.

- ENRIQ. No me hace gracia el mantelo.  
La hecura es complicadísima  
(Desde el jardín va una criada á abrir la puerta del foro.)  
y el adorno de mal gusto. (Se levanta.)
- JULIA. Al rey (Jugando.)
- PEPITA. (Cambiando una ficha.) Aquí no peligra.
- ENRIQ. Me parece que han llamado.  
(Se levanta y va hácia el foro.)
- JULIA. Mate.

(Por la puerta da la tapia entra Doña Elena.)

PEPITA.

Es cierto.

JULIA.

Dos partidas

llevo ganadas.

ENRIQ.

(Yendo á encontrarla.) Mamá!

JULIA.

Es doña Elena?

PEPITA.

Mamina!...

(Doña Elena viene seguida de un eriado y una doncella cargados de líos y paquetes de diferentes clases.)

¡Jesús, qué cargada viene!

JULIA.

Deme usted...

(Aliviándola del peso de los paquetes.)

## ESCENA II.

DICHAS y DOÑA ELENA.

ELENA.

Mil gracias, niñas.

¡Qué bendito Cabañal,

y qué Valencia! Decían

que aquí se tomaba el fresco!

Pero quién va á las provincias?...

ENRIQ.

Qué nos traes?

ELENA.

(Da un frasquito á Julia.) De magnolia.

Para tí un bebé, Pepita. (Id. á Pepa.)

ENRIQ.

Y mi frasco de heno?

ELENA.

Toma. (Le da un frasquito.)

¡Ay, qué cabeza la mia!

Me olvidé de lo mejor.

Estando en casa de Luisa

llegaron los figurines...

ENRIQ.

Y por qué no lo decías

mañana? ¡Jesús qué olvido! (Muy disgustada.)

Que lo hiciera una chiquilla,

pase...

ELENA.

Bien...

ENRIQ.

Peró que tú...

ELENA.

Nena, cualquiera se olvida...

ENRIQ.

De dormir y de comer,

pero de eso!...

ELENA.

Bueno, hijita,

- esta tarde irán por ellos.
- ENRIQ. Si en faltando quince días  
de Madrid se hace una cursi.
- ELENA. Qué malas son las pastillas.  
(Oliendo una de jabon.)  
Malas. Parece imposible  
que haya unas perfumerías  
tan exhaustas en Valencia!
- ENRIQ. (Irónica.) Como las valencianitas  
tienen opinion de hermosas,  
sin duda los perfumistas  
no mandan acá sus géneros!
- ELENA. (Con desprecio.)  
Pues hay de todo, hija mia,  
que no es tan fiero el leon  
como la gente lo pinta.  
Yo no lo digo por tí. (A Julia.)
- JULIA. (Sonriendo.) Obligacion é injusticia...  
Es claro, estando presente  
se me ha de llamar bonita.
- ELENA. Porque lo eres. Y los hombres!...  
En los hombres... ya varía  
la cuestion; son muy graciosos,  
pero de lengua atrevida.  
Al apearne ahora mismo,  
yo no sé lo que vería  
el tartanero, que dijo  
con maliciosa sonrisa...  
«Olé, de color de rosa  
me gustan á mí las ligas!»
- ENRIQ. Y de qué color las llevas?
- ELENA. Del que dijo!
- ENRIQ. Sí? ¡Qué risa!
- ELENA. En fin, mejor para él.
- ENRIQ. Pero mamá!
- ELENA. Y tu hermanita?
- ENRIQ. Corriendo estará en la playa.  
Qué sé yo?
- PEPITA. Está en la alquería  
de Mercedes.
- JULIA. Sí, jugando  
con las muñecas.



ELENA.                                      Qué niña!  
Otra en su lugar, seguro,  
de pensar no más que hoy iba  
á vestirse ya de largo...

PEPITA. De impaciencia saltaría.  
Si me vistieran á mí!  
Ya soy...

ELENA. Un muñeco, quita.

PEPITA. Pues Elisa... (Con mal humor.)

ELENA.                      Elisa es tonta.

ENRIQ. No es tonta, es una chiquilla.  
Catorce años...

ELENA.                                Á los trece,  
no exagero, ya tenía  
yo dos docenas de novios.  
No pensar si la modista  
le ha hecho bien esos vestidos!  
(Señala los paquetes que los criados han dejado  
sobre las sillas.)

ENRIQ. Y por qué no lo decías?  
(Corren las tres jóvenes á ver los vestidos.)  
Son los vestidos?  
(Á pesar suyo manifiesta disgusto. Empiezan á desatar paquetes Enriqueta y sus amigas con afán exagerado.)

ELENA. Sí tal.

JULIA.    À ver?

ELENA. Hay dos de batista  
y uno de seda.

ENRIQ. Qué rico!  
(Ya tiene uno en la mano.)

PEPITA. Qué buen corte!

ENRIQ. Mira, mira.  
(Por los otros vestidos.)

Es claro, pensando en esto  
olvidaste mis trencillas.  
Por tu pícara memoria,  
por atender á Elisita,  
me he pasado una semana  
sin estrenar ni una cinta.

ELENA. Pues la que viene, en estrenos  
te la llevarás seguida.

ENRIQ. De veras?  
ELENA. Sí.  
ENRIQ. Dame un beso.  
Y nada, no viene Elisa! (Impaciente.)  
PEPITA. Voy á buscarla?  
ELENA. Si fueras  
tan amable...  
PEPITA. Ven, Julita.  
JULIA. Al punto estamos de vuelta.  
(Vánse por el foro.)  
ELENA. Decidla que tengo prisa.

### ESCENA III.

DOÑA ELENA, ENRIQUETA y á poco ANTONIO.

ELENA. Vino Julio? (Con interés.)  
ENRIQ. Sí señora.  
ELENA. Ya supuse que vendría.  
ENRIQ. Y qué elegante, qué guapo!  
Si viera usted que bien iba...  
¡Qué traje de tanto gusto!  
El cuarto que se ponía  
ya esta mañana.  
ELENA. Es mucho hombre!  
Vino solo?  
ENRIQ. Con Tobías.  
ELENA. Con Tobías?  
ENRIQ. Si, Antoñito. (Rien las dos.)  
ELENA. Es verdad, no se le quita  
del lado un solo momento.  
¡Qué sombra!  
ENRIQ. Qué pesadilla!  
Sí, como quiere imitarle...  
ELENA. Qué parodia tan ridícula!  
ENRIQ. No es fácil copiar á Julio.  
ELENA. Ya lo creo!  
ANT. (Entrando.) Picardía  
como ella!... (Muy sofocado.)  
ENRIQ. La voz de Antonio.  
ANT. Esto no aclama, esto grita  
al cielo...

- ELENA. Quemado viene!
- ANT. Felices, señoras mías. (Con mal humor.)
- ENRIQ. Muy buenos. (Dánse las manos.)
- ELENA. Querido Antonio!...
- ANT. Yo quisiera estar muy fino  
y muy dulce, pero tengo  
el humor más amarillo,  
más negro y más...
- ELENA. Qué sucede?
- ANT. Tóqueme usted.  
(Poniéndose sobre el carrillo una mano de Doña Elena.)
- ELENA. Qué encendido!
- ANT. Y eso que vengo del baño,  
sí señora, y ya es el quinto  
que he tomado esta mañana.  
Por más que estoy á pupilo  
dentro del mar, ni me calmo  
ni me atempero, está visto.
- ELENA. Qué padece usted?
- ANT. Señora,  
como otros de tabardillo  
yo estoy enfermo de Julio.
- ENRIQ. De Julio?
- ANT. Sí.
- ELENA. Pobre chico!
- ANT. Es una calamidad,  
no hay manera de sufrirlo.  
Nos hace vivir á todos  
en un perpétuo martirio,  
en humillacion constante  
de su hijo desmedido.  
¡Qué modo de estrenar ropa!  
En fin, no es querer decirlo;  
llevamos catorce baños,  
pues catorce calzoncillos  
y catorce camisetas  
de punto nos ha exhibido,  
todas ellas diferentes  
y todos ellos bonitos.
- ENRIQ. Toma, si tiene dinero  
y es su gusto...



Ant.

Convencido,

pero lo grande no es eso,  
sino los mil compromisos  
que acarrea con su lujo.  
Oiga usted en el que me he visto.  
Yo, pretendiendo humillarle,  
compré de algodón muy fino  
dos pantalones de baño;  
vuelvo á mi casa y los pinto  
de hermosas rayas moradas  
de este ancho... Más. Con un brillo...  
El morado es un color  
que Julio no ha conseguido.  
Hasta aquí todos son glorias.  
Pues ya bañados salimos  
del agua y... santa Teresa!  
se me había desteñido  
con la humedad el color  
y desde el hombro al tobillo  
era yo la berengena  
del morado más inícuo  
que vieron agricultores.  
Enumerar los silbidos  
que llevé fuera imposible.  
Y es lo peor que el maldito  
del morado aquel, así  
como de la tela el pícaro  
se marchaba fácilmente,  
del cutis el muy ladino  
no salía á tres tirones,  
tanto que ha sido preciso  
para mi restauracion  
dar tres duros á tres chicos  
que con fricciones de arena  
me fueran dejando limpio.  
Y han frotado con tal gana  
que me han desollado vivo!

(Rien fuertemente las dos señoras.)

ELENA.

Tiene gracia la ocurrencia!

ANT.

Maldita!

ENRIQ.

Pobre Antoñito,  
nuevo san Bartolomé

- con bigote retorcido!
- ANT. Ve usted? Pullitas encima,  
en vez de buscarme alivio.
- ENRIQ. Casi estaba por llorar.
- ELENA. Qué quiere usted? Dos mimitos? (Siguen riendo.)
- ANT. Esto pasa de la raya!  
Como me puse en ridículo  
por culpa de Julio... es claro,  
hay que encontrar graciosísimo  
el chiste!... Ya estoy de Julio  
hasta aquí! Me tiene frito.  
Y diré, pues viene á pelo,  
que el coqueteo continuo  
que con él tiene Enriqueta  
me fastidia... Yo he pedido  
su mano para mí sólo.
- ENRIQ. Ha sido el sí muy explícito?
- ANT. Para el buen entendedor...
- ENRIQ. No lo fué!
- ANT. Si no lo ha sido  
ya es forzoso que lo sea  
y quiero escucharlo hoy mismo.
- ENRIQ. La imposicion no me ofende  
(Con cierto disgusto.)  
partiendo de usted, Antoñito.  
Ya lo pensaré otro dia.  
Tengo que hacer. Me retiro.  
(Váse por la puerta izquierda del foro.)

## ESCENA IV.

DOÑA ELENA y ANTONIO.

- ANT. Lo ve usted?
- ELENA. No haga usted caso.
- ANT. Me trata como á un novicio.
- ELENA. Porque lo quiere.
- ANT. Sí, mucho.
- ELENA. (Echemos un remendillo  
á la indiscrecion.)
- ANT. Buen modo  
de querer.



ELENA. Como le han dicho  
que bailó usted unos lanceros  
anoche en casa Badillo  
con Elvira...

ANT. Una calumnia  
de Julio! ¡Qué entrometido!  
Si no sé bailar lanceros  
ni... Cuando bailé? El domingo  
wals con Enriqueta y con  
usted schotis.

ELENA. No, conmigo  
una habanera.

ANT. Es verdad.

ELENA. Y me rompió usted el vestido.

ANT. Y derribé una consola,  
y lastimé seis tobillos  
ó siete.

ELENA. Sí.

ANT. Y al final...

ELENA. Recuerdo que nos caímos. (Rie Doña Elena.)

ANT. Y si el sofá no es de muelles  
en él me dejó el bautismo.  
No sé bailar, lo confieso.

ELENA. Porque es usted un aturdido.  
Si todo es cuestion de aquí...  
Mucha gracia... y mucho mimo.  
Como hace Julio... (Movimiento de baile.)

ANT. Otra vez,  
doña Elena? Necesito  
despejar la situacion.  
Ó Julio ó yo!

ELENA. Qué chiquillo!  
Puede usted dudarlo?

ANT. Sí.

ELENA. Siendo usted mi protegido,  
me parece...

ANT. He de saber  
la resolucion hoy mismo.

ELENA. En cuanto quede Elisita  
vestida.

ANT. Es verdad. Dios mio!  
¡Cómo tengo la cabeza!



Me olvidé del regalito  
con estas cosas! Me marché  
y vuelvo!

ELENA. Yo, amigo mío,  
así que coja á Enriqueta...  
ya verá usted, la decido.

ANT. Si Julio no la conviene;  
(Poco ántes ha entrado Julio por el foro y llega  
hasta el pie de las columnas del arco del foro sin  
ser visto. Escucha desde allí.)  
es un muchacho sin juicio,  
un calaveron deshecho,  
tunante... en el buen sentido  
de la palabra; yo no,  
yo soy hombre inofensivo,  
muchacho dócil, mansote,  
pero Julio! Y soy su amigo,  
y le quiero mucho...

## ESCENA V.

DICHOS y JULIO, elegantemente vestido de verano. Traje  
matinal.

JULIO. (Adelantándose.) Buenos  
amigos tienes, Benito. (Rie.)

ELENA. Julio!

ANT. Jesús, otro traje!  
Y qué corbata tan bella!  
¡Qué correcto el pantalon!  
Nada, quiere que me muera  
de berrinche! (Va y vuelve.)

JULIO. Adónde vas?

Oye.

ANT. No.

JULIO. Escucha, babieca.  
Vé á recoger la corbata  
que te guardo.

ANT. Ni por esas! (Vase.)

JULIO. Es un desdichado!

ELENA. Mucho!

JULIO. Soy su pesadilla eterna!

Y usted, sigue bien? (Dánse la mano.)

ELENA. Y usted?

JULIO. Muchas gracias. Y Enriqueta?

ELENA. Sin duda estará en su cuarto.  
Voy á ver.

JULIO. No, doña Elena,  
porque hemos de hablar. Y Elisa?

ELENA. No lo sé, Julio. Contenta  
me tiene. Sabe que estoy  
deseando por puntos verla  
vestida de largo.

JULIO. Sí?

ELENA. Sabe que me fuí á Valencia  
por sus vestidos, que he vuelto,  
y nada... estará tan fresca  
jugando á la comba; usted  
no sabe lo que le cuesta  
dejar de ser niña.

JULIO.. Es claro!

ELENA. Qué aversion!

JULIO. Y si supiera  
que el bien con el niño acaba  
y el mal con el hombre empieza,  
aún le costaría más.

ELENA. Pero á la naturaleza  
no podemos corregirla.

JULIO. Antes que Elisita venga  
quisiera hablar un momento  
con usted de cosas serias.

ELENA. Julio, qué es eso? (Alarmada.)

JULIO. Señora,  
he tenido malas nuevas.  
Mi pobre padre está enfermo,  
y á su edad!...

ELENA. Jesús! Cincuenta  
y cinco, no es eso?

JULIO. Justos.

ELENA. No es para alarimar la fecha.

JULIO. Viene sufriendo hace tiempo...  
Qué sé yo... Tengo una pena...  
Me escribe de un modo ambiguo  
mi hermana.



ELENA. Y usted sospecha...

JULIO. Que me ocultan la verdad.  
Que está muy grave y quisiera  
marcharme esta misma noche.

ELENA. Pero Julio...

JULIO. Doña Elena,  
me están matando las dudas.  
Ya esta mañana á Enriqueta  
le hice alguna indicacion,  
sin decir la causa, acerca  
de mi partida... porque  
como mi intencion es recta,  
como yo quiero casarme  
con su hija de usted, aunque ella  
parece inclinarse á Antonio...

ELENA. Es posible que usted crea  
semejante cosa?

JULIO. Sí,  
y es muy justa la creencia.  
Siempre andan coqueteando!

ELENA. Le hace gracia su simpleza  
y se divierte Eso es todo.  
Pero conmigo Enriqueta  
se confía, y á quien ama  
es á usted.

JULIO. Por qué lo niega  
en ese caso?

ELENA. Hijo mio,  
son coqueterías, tretas  
de las mujeres... Y Antonio  
ni interesarla pudiera!  
Pobre muchacho!

JULIO. Es muy rico!

ELENA. Nos hace usted una ofensa.  
Más á las prendas morales  
miramos que á la riqueza.  
Ademas que usted no es pobre.

JULIO. No, gracias á Dios; la renta  
de mi padre...

ELENA. (Con finura.) No pregunto.

JULIO. Pero...

ELENA. (Muy fina.) Ni quiero saberlo.



(La sé al dedillo.) Yo hablar  
de intereses! Es materia  
de que nunca me he ocupado.

JULIO. Una gran delicadeza.  
Pues dígale usted á su niña  
que mi corazon anhela  
verla decidirse hoy mismo:  
de ese modo ya á mi vuelta,  
con el permiso paterno  
pediré su mano en regla;  
vendrá mi tio tal vez;  
y si, lo que Dios no quiera,  
yo me quedara sin padre,  
en ustedes y Enriqueta  
hallaré nueva familia  
que consolará mis penas.

ELENA. Yo se lo diré y hoy mismo  
resolverá!

JULIO. Bien.

ELENA. Aunque ella,  
y hasta que yo lo diga,  
por usted está resuelta.  
Siendo usted mi protegido... (Con mimo.)  
digo...

JULIO. Es usted lo más buena!

ELENA. (Juguemos con dos barajas  
por lo que tronar pudiera.)

## ESCENA VI.

DICHOS, por el foro ELISA, JULIA y PEPITA. Pepita en traje, aún de niña, aunque bastante largo el vestido. El pelo en trenzas; en las mejillas el color que sale á los niños cuando juegan. Elisa es morena. Trae en la mano una comba y un aro en el brazo.

ELISA. (Corriendo por el foro.)  
Eso no importa, Pepita.

PEPITA. Con aro y comba!

ELISA. Y con todo.

ELENA. Oiga usted. Es este el modo  
de obedecer, señorita?

ELISA. Si yo no quiero...

ELENA. Esto más?

Qué hacías? Habla, repito.

(Elisa no contestaba.)

ELISA. Estaba jugando al chito  
con los niños de don Blas...

ELENA. Parece mentira que ande  
á sus años... ¡Qué simplezas!

ELISA. Y he ganado cinco piezas,  
no, siete, del perro grande!  
Más quemado está Juanito!  
Cuanto jugaba perdía.

PEPITA. ¡Si tiene una puntería...  
Cataplum! en tierra el chito!...

ELENA. Grandullona! Vaya, á ver  
si te vistes...

JULIO. No la riña!

ELENA. Ya eres mucho para niña.

ELISA. Y poco para mujer.

Cuando no siento ilusion  
por esos trajes que veo...

JULIO. Es señal de que el deseo  
juvenil no está en sazón.  
Desaloja á la niñez  
la juventud, es verdad,  
como á la virilidad  
desaloja la vejez.  
El paso de cada fecha  
de la vida que resbala,  
hija mia, se señala  
por una ilusion deshecha.  
Es triste y decirlo siento,  
pero el placer de la vida  
se empequeñece á medida  
que agranda el entendimiento,  
Padece la juventud,  
teme la virilidad,  
un estorbo es la otra edad,  
muere la decrepitud!  
Si pues la infancia divina  
vive sólo en dulce calma...  
¡Quién la llevara en el alma



- para siempre de inquilina!
- ELENA. Eso faltaba no más.
- ELISA. Tiene Julio mil razones.
- ELENA. No admito más discusiones...
- ELISA. Bueno, bueno! (Con cierto mal modo.)
- ELENA. A ver si vas á vestirme.
- ELISA. Eres un juez inflexible!
- ELENA. Ese vestido... (Imperativamente.)
- ELISA. Pues tú también habrás sido muchachuela alguna vez. (Lloriqueando.)
- ELENA. Qué simple!
- ELISA. Yo?
- ELENA. Desatinas.
- ¡Qué poco te ha dado el cielo! (Talento.)
- ELISA. Y habrás jugado al hoyuelo!
- JULIO. Cabal, y á las cuatro esquinas.
- ELISA. Y á visitas y á señoras.
- JULIO. Recuérdele usted.
- (Uno y otra, como acosándola.)
- ELENA. Si he sido más formal!
- ELISA. Y habrás tenido apetito á todas horas.
- Acuérdate bien, mamita...
- JULIO. Y fuerte como los bronces...
- ELENA. Qué he de acordarme? Si entonces era yo muy pequeñita. (Cándidamente.)
- JULIO. Doña Elena!
- ELENA. (Cayendo en la cuenta.) Ay, es verdad! (Rie.)
- ELISA. Lo que ha dicho! En paz estamos de sandeces. (Rie.)
- ELENA. (Cariñosa.) Vamos, vamos, ven aquí, calamidad.
- Sé dócil, ponte coqueta y tendrás adoradores.
- ELISA. No los quiero.
- ELENA. Qué colores!
- Qué ordinarios! De paleta.
- Son vulgares!
- ELISA. Bah, pretestos.



- ELENA. Vulgares, salta á la vista.
- ELISA. Sí? Pues busca un perfumista  
que te los haga como estos.  
(Dándose con las dos manos en la mejilla.)
- ELENA. Cualquiera.
- ELISA. Cá!
- ELENA. Sí señor.  
Te lo probaré al instante.  
(Sacando unos frasquitos de perfumería.)
- ELISA. Hay no más un fabricante  
que elabore este color.  
(Dando importancia á la frase, señalando al cielo )
- ELENA. Y el cútis negro! Repara!  
Morena! (Con desden.)
- JULIO. Tipo español!
- ELISA. Es culpa mia que el sol  
se entretenga con mi cara?
- ELENA. Yo haré que Juana te pinte;  
y el pelo rubio!... Tú llora!  
(Porque Elisa hace pucheros.)
- ELISA. Cualquier dia, sí señora,  
llevo mi cabeza al tinte.  
(Haciendo graciosamente la mueca que se hace con  
los labios para decir que no.)
- ELENA. Muchacha!
- ELISA. Eso me horripila!  
Si en este bendito suelô (Á Julio )  
va al quita manchas el pelo  
como un manton de Manila.
- PEPITA. Como nuestra prima Juana,  
que en año y medio, señores,  
se tiñó de tres colores!  
Si será republicana? (Saltando la comba.)
- ELENA. Niña, conozco tu ardid,  
taimada, mas sin embargo...
- ELISA. Ya me vestirás de largo  
cuando estemos en Madrid.
- ELENA. Te digo que hoy ha de ser  
y por tu bien lo deseo.
- ELISA. Por mi bien! El bien que veo  
disfrutar á la mujer.  
Yo, apenas ha amanecido...

al suelo los piés pequeños,  
sin pensar en malos sueños  
porque no los he tenido.  
Me lavo con agua clara,  
y tal vez para adornarme  
se encarga Dios de sacarme  
dos claveles á la cara.  
Y á jugar, sin una pena,  
saltos, brincos, contorsiones,  
viniendo por provisiones  
mil veces á la alacena.  
Carreras aquí y allá  
sin un temor que las prive,  
y el golpe que se recibe  
vaya por el que se da.

(Accion de pegar en los dos versos.)

Así es que de nochecita,  
ya cansada y sin dolores,  
me sabe á lecho de flores  
el colchon de mi camita,  
y acabada una oracion,  
—virtud al cielo pidiendo—  
me suelo llevar durmiendo  
diez horitas de un tiron.  
Y no se logra esta calma,  
—segun tengo yo entendido—  
si el cuerpo no está rendido  
y está descansada el alma.  
Porque el sueño no es hermoso  
con penas, podeis creerme. (Sentenciosa.)  
De cansancio el cuerpo duerme,  
pero el alma de reposo.

JULIO. Gran verdad! Es un encanto  
escucharla! Estoy absorto!

ELENA. Y aún quiere vestir de corto  
la niña sabiendo tanto.

ELISA. Pero la mujer? Mi hermana  
es buen ejemplo!

ELENA. Verás.

ELISA. Déjate y cálla. Por más  
que se viste y engalana  
no es feliz ni por asomo.



Cuando lo digo es por algo.

(Haciendo callar á Doña Elena, que pretendía interrumpirla.)

No viene Julio? No salgo.

Julio se va? Ya no como.

(Diferentes voces y entonaciones.)

Si vendrá la peinadora?

Si tardará la modista?

Ya no quiero esta batista.

Vuelta á vestirse. Una hora

de retoque. (Como pintándose la cara.)

Esto es atroz.

Qué mala *cold-crem*, qué mala!

y abandonando la sala

otros polvitos de arroz!

—Señora, viene visita.—

—¡Yo sin vestir.—Esta es buena!—

—Mamá, cómo estoy?—Morena!—

Otra vez á la borlita!

—Don Jacinto, doña Blasa.

(Como recibiendo gentes.)

—Qué tal?—Me cogen así.—

—Hija, está una hasta aquí

con las cosas de la casa!—

Como el trabajo es mi centro!—

Falso; pues se puede ver

la máquina de coser

muerta de risa allá adentro.

Y todas como Enriqueta,

aunque ayer lo disputabas,

de los trajes son esclavas

y esclavas de la etiqueta.

Es natural que me exalte.

Tú has buscado la camorra.

Déjame que libre corra,

déjame que libre salte,

que juegue al chito, al reló,

que cante mi alegre pico,

que me descalabre un chico

ó lo descalabre yo.

Mi niñez no se interesa

por ascender á otra edad.



¿A qué darle libertad  
cuando á gusto se halla presa?

Ya ves, me apoyan los dos; (Julio y Julia.)  
y pues mi dicha quisieras,  
anda, mamita, no quieras  
enmendar la plana á Dios.

ELENA. Ay, como sola estuvieses!  
¡Qué oposicion tan punible!  
Esto es un *anfan terrible*,  
como dicen los franceses.  
De buena ó de mala gana  
vas á vestirme en seguida. (Muy sofozada.)  
Es usted una atrevida;  
pero ahora vendrá tu hermana.  
Chíllale! Estamos lucidos!  
(Á Julia.) Usted me ha de perdonar.  
Julita, quiere usted entrar  
en el cuarto esos vestidos?  
(Señala el gabinete de la derecha del foro. Pepita  
coge los vestidos.)

JULIA. Con mucho gusto.

ELENA. (Llamando.) Enriqueta?  
Desobedecerme á mí?

JULIO. Vamos...

ELENA. (Á Elisa). Sepa usted que aquí  
mi voluntad se respeta.  
Enriqueta?

## ESCENA VII.

DICHOS y ENRIQUETA, con un bastidor, en el cual hay un  
pañuelo dispuesto para bordar.

ENRIQ. Voy? Qué es esto?

Julio!

JULIO. Nada.

ELENA. Que tu hermana  
porque no le da la gana  
no se viste... Por supuesto  
que... (Amenazándola.)

ENRIQ. No quieres?

ELENA. (Con cierto temor.) No.

Qué no?

Oh! se vestirá en seguida.

Á ver si está usted vestida  
para cuando salga yo.

(Váse muy sofocada por la puerta izquierda del foro.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos DOÑA ELENA.

Mira...

## Chitito, á vestirse.

## Es porque...

Ni una palabra...

(Ap.) (Perdona un momento, Julio...)

(Id.) (Quiéres callar?)

# Tiene gracia

la oposicion! No, Pepita,  
allí no.

(Viendo que Pepita va á llevar los vestidos al cuarto de la derecha.)

## No? Como acaba

de indicarme doña Elena  
esté gabinete...

Nada.

Es un error. Si lo tengo  
todo dispuesto en la sala  
de arriba.

(Ya va de veras.)

Elisa, me ayudas?

Anda.

Id subiendo, que ya voy.

(Los he de llenar de manchas en dos días; esta vez la torta les cuesta cara.)

(Llevándose los vestidos: vánse por una de las puertas laterales del corredor establecido entre el jardín y las columnas del arco.)

ESCENA IX.

ENRIQUETA y JULIO.

ENRIQ. Ignoraba tu visita.

JULIO. Te suponía ocupada,  
y no quise...

ENRIQ. Cá, arreglando  
el bastidor.

JULIO. Qué bordabas?

ENRIQ. Hasta que me des las letras  
que te he pedido...

JULIO. Caramba!

ENRIQ. No las traes?...

JULIO. No las traigo...  
¡Qué olvido!

ENRIQ. Cuando se trata  
de mí, desgraciadamente  
tu memoria es bien escasa.

JULIO. No lo digas.

ENRIQ. Sí lo digo.

JULIO. Vas á ver que poco tardas  
en tenerlas... (Coge el sombrero.)

ENRIQ. No señor.

Cá! Tenga usted más cachaza.  
Usted se queda, amiguito,  
prisionero en esta casa.

JULIO. Agradable calabozo!

ENRIQ. Son tus ausencias muy largas  
y las siento demasiado  
para dejar que te vayas.

Vas á hacer aquí las letras.

JULIO. Si así castigas las faltas  
voy á hacer muchas.

ENRIQ. Allí

(El cuarto de la derecha.)  
hay tintero y una caja  
de papel; tambien hay lápices.  
Mientras yo visto á mi hermana  
haces las letras.

JULIO. Corriente.



Mas te advierto que si tardas  
mucho en bajar, yo me voy.

(Julio dice esto ya en la puerta del gabinete. En-  
riqueta está junto á una de las columnas, de es-  
paldas casi al público. Habla á Julio con mucha  
coquetería.)

ENRIQ. Qué te has de ir?

JULIO. Qué confiada!

ENRIQ. Me quieres mucho?

JULIO. (Con cariño.) Coqueta!

ENRIQ. Pero mucho?

JULIO. Vamos, anda.

(Entra en el gabinete.)

ENRIQ. (Voy á ver si mi hermanita  
está más domesticada.)

## ESCENA X.

ENRIQUETA y la CRIADA, rápidamente por el jardin.  
Cuando Enriqueta va á subir por el mismo punto que  
subió su hermana, la detiene la Criada. Ésta viste de  
labradora valenciana.

CRIADA. Señorita, y la señora?

ENRIQ. Está en su cuarto, Pascuala.

CRIADA. Es porque viene don Próspero;  
lo ví desde la ventana,  
y como ustedes están  
allá arriba...

(Con acento valenciano muy pronunciado.)

ENRIQ. Justo, llámala.

(Váse Enriqueta. Así que desaparece vése Don  
Próspero entrar por la puerta del foro.)

## ESCENA XI.

LA CRIADA, DOÑA ELENA y D. PRÓSPERO.

CRIADA. Señora? (Más fuerte.) Señora?

ELENA. Qué?

CRIADA. Puede usted salir?

ELENA. Me llaman

las niñas?

CRIADA. No, si es don Próspero.

ELENA. Ya salgo.

PROSP. (Secándose el sudor.) ¡Jesús qué basca!

CRIADA. Ahora sale la señora.

PROSP. Muy bien. (¡Qué chica tan guapa!)  
Te gustan los caramelos?

CRIADA. No señor. (Jesús qué cara!)

PROSP. Es arisca, muy arisca,  
un cardo; al fin valenciana.

(D. Próspero es un hombre feo, pero no hasta la  
exageracion. Viste muy modestamente, de un  
modo limpio, pero que revela al hombre tacaño.)

## ESCENA XII.

DOÑA ELENA y D. PRÓSPERO.

ELENA. Tanto bueno por aquí!

PROSP. Doña Elena de mi vida! (Dánse las manos.)  
Cómo va?

ELENA. Muy bien.

PROSP. Le traigo  
un cúmulo de noticias  
interesantes.

ELENA. De veras?

Mi encargo?...

PROSP. Está usted servida.  
Tome usted. Dos mil seiscientos  
en moneda nuevecita.

(Le da un paquetito de dinero.)

ELENA. Y el resto?

PROSP. Vendrá mañana.

Antonio esta tarde misma  
quiere cinco mil, y Julio  
cien pesos. Los prestamistas  
hemos de cumplir con todos.

ELENA. Es verdad.

PROSP. Amiga mia,  
usted gasta demasiado.

ELENA. Exigencias de la vida.  
Cómo ha de ser! Es preciso!



PROSP. Terrible es la tiranía  
que sobre la clase media  
ejerce el mundo.

ELENA. Es inícuca.  
El pueblo bajo es dichoso.

PROSP. Sí. No tiene quien le exija  
que extienda su brazo más  
de lo que puede.

ELENA. Ya es viña!  
Mas nosotras!... Sin embargo,  
suelen ser reproductivas  
sus exigencias; usted  
ya conoce mis teorías  
sobre este particular.  
Si, el Señor no lo permita,  
viniera yo á ménos, la  
despensa reduciría,  
pero nunca el tocador.  
Con patatas y judías,  
comidas discretamente,  
se mantiene una familia  
y se mantiene el decoro.  
Pues con comer á escondidas  
y no convidar á nadie,  
no es verdad? Ya está usted lista.  
Pero el vestir no se finge.  
En fin, yo prescindiría  
de los lujos invisibles  
sin la violencia más mínima,  
pero de la moda nunca!  
No salgo de esta doctrina.

PROSP. Piensa usted bien.

ELENA. Como todas  
las mujeres reflexivas.  
Nada, el lujo es la primera  
necesidad de la vida,  
en las niñas sobre todo.  
Lo que los hombres ansían  
es que la mujer deslumbre  
con su elegancia esquisita.  
Dígalo si no Enriqueta.  
Nosotras no somos ricas;



pero como yo la visto  
con tanta coquetería  
y con tanto lujo, á ver  
si tiene pocas conquistas.  
Ya ve usté que Antonio y Julio...

PROSP. Buenos partidos, querida!  
Sobre todo Julio!

ELENA. Sí, ella  
á Julio es á quien se inclina.

PROSP. Yo como tengo interés,  
—como todo el que anticipa  
dinero—en averiguar  
si hay sólidas garantías,  
he enviado al pueblo de Antonio  
y Julio á una prima mia,  
y he sabido la verdad,  
que es persona fidedigna  
la corredora. Son ricos  
y de muy buenas familias.  
El padre de Antonio es  
brigadier.

ELENA. Ya lo sabía.

PROSP. Y tiene muchas haciendas.

ELENA. Y por qué no se retira?

PROSP. Estando en guerra, señora!  
No incurre en tal cobardía  
un militar español.

Por su patria da la vida.

Ahora está en operaciones,  
en el Centro... es un rentista  
muy fuerte el padre de Julio.

ELENA. Pues la cuestion se complica!  
Por quién debe decidirse  
mi Enriqueta?

PROSP. Amiga mia,  
la solucion es muy fácil.  
Yo opino que se decida  
por el que herede más pronto.

ELENA. Es una opinion impía.

PROSP. Es ó no es de dinero  
la cuestion?... Sea usté explícita?...

ELENA. La verdad, sí.

PROSP.                    Pues entónce  
no caben alternativas...  
Ó ser buenos ó ser malos.  
Si lo primero, amiguita,  
reducirse á la miseria;  
si lo segundo, se limpia  
la cara con las dos manos  
de una vez... ¡Si esta es la vida!  
decídase usted por Julio.  
ELENA.    Y por qué?  
PROSP.                    Porque peligra  
la existencia de su padre.

### ESCENA XIII.

DICHOS y JULIO, que se asoma discretamente á través.

JULIO.    (Miserable!)  
ELENA.                    Yo tenía  
alguna idea...  
PROSP.                    Está malo  
de gravedad.  
ELENA.                    Y la niña  
quiere á Julio.  
PROSP.                    Pues mejor.  
ELENA.    Aunque ella obedecería  
mi voluntad, que es muchacha  
muy obediente y sumisa.  
Ya tiene el alma gastada.  
El lujo es lo que la priva!  
PROSP.    Que no desaire á ninguno  
mientras no vengan noticias.  
ELENA.    Usted las espera?  
PROSP.                    Y pronto.  
Ha dejado allá mi prima  
una persona encargada  
de avisarnos en seguida  
si ocurre algun accidente.  
Nada, usted casa á la chica  
con Julio .. Despues, más tarde,  
se le busca un novio á Elisa...  
que le convenga...

- ELENA. Ya Enrique  
me ha indicado ..
- PROSP. Convendría  
tal vez otro... Usted ya sabe  
que yo...
- ELENA. Sí, pero á Elisita  
le es usted poco simpático...
- PROSP. Usted la convencería.  
Mire usted lo que la traigo.  
(Saca un estuchito.)
- ELENA. Esa camelia? Es bonita.
- PROSP. La flor es para Enriqueta!  
Es esto. (Enseñando una sortija )
- ELENA. Sí? Una sortija.  
Muy mona! Qué idea tengo!  
(Como asaltado de ella.)  
Antonio y Julio suplican  
que esta misma tarde  
mi Enriqueta se decida...  
pues como Julio se marcha...
- PROSP. Sabe algo?
- ELENA. Tiene noticias  
vagas...
- PROSP. Lo irán preparando...
- ELENA. Le doy esta flor á mi hija  
Enriqueta y la prevengo  
que de una manera fina  
se la dé á Antonio ó á Julio,  
de los dos al que se elija,  
pues podría suceder  
que habiendo en casa visitas  
se recibiera el aviso  
de una desgracia, y sería  
feo delante de gentes.
- PROSP. Muy bien.
- ELENA. Usted se lo avisa  
á Antonio.
- PROSP. Es cosa corriente.
- ELENA. Yo á Julio...
- PROSP. Es usted más lista!
- ELENA. También instruyo á Enriqueta...
- PROSP. Diplomática Elenita!



ELENA. De este modo el desairado  
discretamente adivina  
el desaire...

PROSP. Ya; y se marcha  
sin temor á las hablillas.

ELENA. Voy á dejar estos cuartos  
y vuelvo.

PROSP. Pronto?

ELENA. En seguida.

(D. Próspero levanta el portier del cuarto de la  
izquierda, en el cual entra Doña Elena.)

Alta servidumbre tengo.

PROSP. Aún de usted es poco digna.

ELENA. Mil gracias.

JULIO. (Qué infames son!)

(Aprovechando la circunstancia de hallarse Don  
Próspero de espaldas al punto donde se halla Ju-  
lio, sale éste y se va al corredor, fingiendo luego  
que llega en aquel instante á la casa.)

PROSP. (Esta vieja es una víbora!)

JULIO. (Mas por fortuna Enriqueta  
me quiere!)

PROSP. (¡Vieja más viva!)

## ESCENA XIV.

D. PRÓSPERO y JULIO.

JULIO. (Finjamos.) Señor don Próspero.

PROSP. Querido Julio del alma!  
Ya sabe usted que lo aprecio,  
y mucho!

JULIO Miles de gracias!

## ESCENA XV.

DICHOS y ENRIQUETA, por donde se fué PEPITA y  
ELISA. Ésta en traje de mujer.

ENRIQ. Aquí está ya la mujer!  
Sal.

ELISA. (Dentro.) Tengo vergüenza.

ENRIQ. Baja.  
Vergüenza de qué?  
ELISA. Si yo  
no sé andar así.  
JULIO. Qué guapa!  
ELISA. Una señora mayor! (Dando un paseito ridículo.)  
PROSP. Una princesa! Una alhaja!  
JULIO. Estás preciosa.  
PROSP. Sí, mucho!  
PEPITA. (Qué envidia me da mi hermana!  
Si yo me viera esa cola...)

## ESCENA XVI.

DICHOS y DOÑA ELENA, que se queda en la puerta.  
Viene por el foro ANTONIO.

ELENA. Qué es esto? Lo ves, muchacha?  
¡Qué bonita! Dame un beso! (Besa á Elisa.)  
Enriqueta, una palabra,  
si ustedes me lo permiten.  
JULIO. Ya lo creo!  
PROSP. No faltaba...  
JULIO. (Ya le está dando instrucciones.)  
ANT. Julio, toma la corbata,  
no la quiero. (Muy sofocado.)  
JULIO. No, por qué?  
ANT. Me has tomado por una facha?  
Ya no es moda ese color;  
el marron pasó ya en Francia.  
PROSP. Marron?  
ANT. Castaña.  
PROSP. Es verdad,  
ANT. Azul es el que se gasta.  
JULIO. Por eso guardé la azul.  
ANT. Lo oyen ustedes! Si trata  
de verme siempre en ridículo!  
Mal amigo... No me engañas.  
ELISA. Qué es eso?  
ANT. Una picardía  
fenomenal! Una infamia!  
Que guardándose la azul

me ha dado á mí la castaña. (Rien!)

ELISA. No lo entiendo.

PROSP. Venga usted.  
(Coge del brazo á Antonio.)

ENRIQ. Ya lo sé! (Á su madre.)

JULIO. (Ya está enterada.)  
(Reúnense Doña Elena con Elisa y Pepita, hablan D. Próspero con Antonio y Enriqueta con Julio.)

ANT. (Es de veras?)

PROSP. Sí señor.

ANT. (Qué inquietud tengo en el alma.)

PROSP. (Si Enriqueta le da á usted esa camelia... es que le ama.)

ANT. (Y significa con ello que da á Julio calabazas. Ya, ya lo entiendo.)

PROSP. (Y si es á Julio á quien la regala...)

ANT. (Es que aquellas hortalizas son para mí.)

PROSP. (Sí.)

ANT. (Caramba.)

ELENA. (Á Julio.) (Para usted será la flor.)

JULIO. (Qué alternativa tan rara está sufriendo mi pecho!)

ENRIQ. Nada falta. (Á Elisa.)

ELISA. Sí que falta. (Ya gozosa.)  
El medallon.

ENRIQ. Como Enrique no ha venido...

ELISA. Sí que tarda!  
despues dice... que me quiere.  
Qué sé yo? Con vida y alma,  
que se casará conmigo.  
Que soy su media naranja...  
Pero no viene!

## ESCENA XVII.

DICHOS, y ENRIQUE.

ENRIQUE. (Viene agitado.) Aquí estoy.



- Dispense usted la tardanza.  
Me he entretenido en Valencia  
con mi cuñada Mercedes.  
(Le da un estuche pequeño á Elisa.)
- ELISA. Á ver. (Abre el estuche.)
- ENRIQUE. Perdonen ustedes  
este rato de impaciencia.
- ELISA. Qué alhaja!
- ELENA. Es bonita á fe.
- PROSP. (Disgustado.)  
(Ya está aquí con la presea.)
- ENRIQUE. Lo que siento es que no sea  
bastante digno de usted.
- ELISA. Les gusta á ustedes?
- JULIO. Oh, sí.
- ELISA. Es preciosa, sí señor.
- ANT. Enriqueta?
- ENRIQ. Qué?
- ANT. Esa flor  
la quiero yo para mí.
- ENRIQ. Yo no se... (Coqueteando.)
- JULIO. Debe ser mía.
- ENRIQUE. Ah! Don Próspero!
- ELENA. (Á Enriqueta.) (Con arte.)
- ENRIQUE. Tome usted. (Le da un telégrama.)
- PROSP. Qué es esto?
- ENRIQUE. Un parte  
que su hermano le traía.
- JULIO. (Dios mío!)
- ANT. Quiero la flor!
- JULIO. (Ahogándome está la pena.)
- PROSP. Qué? Mire usted, doña Elena!  
(Ya ha leído el parte.)
- ELENA. Qué es esto? (Lee.) Jesús, qué horror!
- JULIO. (Ni aun á respirar acierto!)
- ANT. Que la quiero.  
(Insistiendo en pedir la flor.)
- ELENA. Escucha!  
(Habla al oído á Enriqueta.)
- ENRIQ. Qué? (Aturdida.)
- ELENA. (Dásela.)
- ANT. (Insistiendo.) No?

ENRIQ. (Le da la camelia.) Tome usted.

JULIO. (Dios mio, su padre ha muerto!)

(D. Próspero ha dado á Enrique el telégrama.)

ENRIQUE. (Leyendo ap.)

«Aunque el gobierno lo calla

»el brigadier de la Puente

»ha muerto gloriosamente

»en el campo de batalla.»

ANT. Siento el gozo más profundo!

(Todos ménos D. Próspero rodean á Antonio y lo felicitan.)

PROSP. (Á Julio que está solo en la izquierda.)

Vence Antonio; me lo explico.

Es claro, como es más rico!

Ya ve usted como está el mundo!

(Con hipocresía.)

JULIO. Qué taimada hipocresía!

(Coge á Próspero por un brazo.)

Soy yo más rico.

PROSP. Bah, no!

JULIO. Sí; más.

PROSP. Por qué?

JULIO. Porque yo

tengo padre todavía.

(Explosion de alegría. Cuadro. Caja el telon.)

---

---

## SEGUNDA ÉPOCA. 1874.

---

Jardin de un hotel. Ocupa la fachada la primera y segunda caja de la izquierda. Súbese al hotel por medio de una escalinata protegida por una bonita cubierta de cristales colocada á manera de toldo. En algunos puntos de la escena bancos rústicos, estátuas y algunas sillas de jardin, un velador de hierro. El hotel tiene un balcon saliente y practicable.

### ESCENA PRIMERA.

D. Próspero bajando por la escalera del hotel. Viene vestido de frac y corbata blanca, pero ridiculamente, resultando una figura poco fina y nada acostumbrada á la buena sociedad. Pepita con otras señoras, vestidas con elegancia, está cogiendo flores de un rosal y formando un bouquet. D. MANUEL habla aparte con dos ó tres de sus amigas. Todos los hombres visten de frac y corbata blanca y las señoras con mucha elegancia.

PEPITA, MANUEL y D. PRÓSPERO.

MANUEL. No, como no tenga en Indias algun pariente...

PEPITA. Qué bello! (Por el bouquet.)

MANUEL. Su renta no es para tanto!



PEPITA. Va mejor la dalia en medio!  
Sí, resulta en los colores  
más armonía.

MANUEL. Yo tengo  
de renta cuatro mil duros,  
un poco más y no puedo  
tener un mal coche!

PEPITA. Vamos?

MANUEL. Pero Antonio!...

PROSP. Caballeros...  
señoras... (Saluda.) Está el salon  
elegantísimo, régio!  
Lo verán ustedes, época  
va á formar este bateo.  
Oficiará un arzobispo,  
segun dicen. El refresco  
viene de Fornos. Los dulces  
son del establecimiento  
de Prast; se estrenó vajilla,  
el coche de gala es nuevo.  
Qué sé yo!

MANUEL. Antonio es muy rico!

PROSP. Y más que rico es espléndido!  
En los dos años que lleva  
de matrimonio, yo creo  
que se habrá gastado ya  
cerca de millon y medio.  
Y hoy se gastará un sentido  
porque el bautizo es soberbio;  
y hace bien en gastar mucho.  
El caso no es para ménos!  
Obsequiar al primer hijo  
que se tiene!... Y el muñeco  
es una monada, un dije  
precioso! Antonio está lelo  
con el chiquitin.

## ESCENA II.

DICHOS y ANTONIO, que baja rápidamente por la escalinata del hotel.

ANT. Don Próspero?

- Já, já, já!
- PROSP. (A Manuel.) Lo está usted viendo?
- ANT. Es una alhaja el muchacho  
que me ha concedido el cielo.  
¡Qué guapo!
- PROSP. Tiene una cara!...
- ANT. Como yo! (Sin saber casi lo que dice.)
- PROSP. Y unos ojuelos...
- ANT. Como yo.
- PROSP. La naricilla  
solamente... si no ofende,  
tiene fea...
- ANT. (De buena fe.) Como yo!
- PROSP. Justo, clavada!
- ANT. (Cayendo en la cuenta.) No, miento,  
que la mia... La nariz  
es de su abuelo materno.
- PROSP. Ya, por lo del salto atrás.
- ANT. Al contrario, por aquello  
del salto adelante.
- PROSP. Sí?
- ANT. Se quedó chato su abuelo  
topando contra una esquina,  
cierta noche que iba huyendo  
á todo escape.
- PROSP. Del frio?
- ANT. No, don Próspero, del fuego.
- PROSP. Caspitina!
- ANT. Fué la noche  
de San Daniel!
- PROSP. Lo comprendo!
- ANT. Y será muy elegante  
Lo acusa desde pequeño.  
Há poco rato en la alcoba  
entró don Próspero á verlo,  
y el niño cerró los ojos.
- PROSP. Pues no lo advertí.
- ANT. Yo creo  
que fué por no verle el frac. (Rien todos.)
- PROSP. Vamos, ya pareció aquello.
- MANUEL. Es de pesca!
- REPITA. Rastro puro!

PROSP. Muñeco! Calle de la Cruz,  
Tú come dulces y calla.

MANUEL. Verdad que no es un modelo.

PROSP. Suponer al pobre niño  
capaz ya de entendimiento  
para discurrir.

ANT. Que no?  
Vaya otro rasgo de ingenio.  
No hace mucho que Enriqueta,  
viendo que venía al suelo  
un vaso, dijo: «animal»  
y el chiquillo...

PROSP. Lo estoy viendo,  
lo miró á usted?

ANT. Eso es fuerte.

PROSP. Es un niño de talento.  
Se pica usted?

ANT. Yo?

PROSP. Revancha.

ANT. Es justa. Vaya, pensemos  
en divertirnos; el día  
promete ser muy ameno.  
Bautizo, anuncio de boda.

PEPITA. De Elisa y...

PROSP. Quién?

ANT. Un secreto  
todavía.

PEPITA. Pues se dice  
que á la hora del bateo  
mamá hará saber á todos  
el nombre del novio.

ANT. Bueno.

PEPITA. Yo sé quién es.

ANT. Pues te callas.  
Es prematuro .. Hay misterios...

PROSP. En fin, ello sonará.

ANT. Comida tras el bateo,  
despues baile, gran buffet,  
y otra vez baile.

PROSP. Soberbio!

MANUEL. Dichosos los potentados!

ANT. Hombre, sí, gracias al cielo ..



Hola, mi mamá política  
viene allí... (Por la derecha.)

PEPITA. Sí.

(Todos menos D. Próspero van á recibirle.)

PROSP. (Meditemos  
el modo de asegurarlos.  
Qué debo hacer?)

ANT. Buen paseo!  
Siempre tan guapa!

MANUEL. Una estrella!

ANT. Una Venus!

ELENA. Zalamero!

### ESCENA III.

DICHOS, DOÑA ELENA, seguida de una elegante modista  
francesa y un lacayo con paquetes.

ANT. Soy justo, mamá política.

ELENA. Buenos días.

PROSP. Doña Elena!

PEPITA. *Madam marí!* (1)

MODISTA. *Madmoasel.* (Dánse las manos.)

ELENA. Cómo sigue mi Enriqueta?

ANT. La madre y el niño siguen  
bien.

ELENA. Jacinto, deja  
en mi cuarto esos paquetes...  
(Váse el lacayo.)

ANT. ¿Son vestidos?

ELENA. Y otras telas.  
(Sigue hablando con Antonio.)

PROSP. (Quién es esta señorona?) (Ap. á Pepita.)

PEPITA. (Una modista francesa,  
*Madam Marí!*)

PROSP. (Qué elegante!  
Es muy guapa!)

PEPITA. (Y muy carera!  
Cuando me vistan de largo  
mi modista será esa!)

---

(1) Pronúnciese como aparece escrito.

ELENA. Todo está dispuesto?

ANT. Todo.

Ni un sólo detalle queda  
por arreglar...

ELENA. Ahora vamos,  
que estoy... (Á la Modista.)

MODISTA. Señora, no tenga  
usted prisa... (Un poco de acento francés.)

ELENA. Muchas gracias.

ANT. He convidado á la prensa  
y yo mismo he escrito el suelto  
para *La Correspondencia*.

ELENA. Qué previsor! Te conozco.  
Al llegar á la reseña  
(Hablan aparte y sentados junto al velador.)  
de grandes hombres y títulos  
que han acudido á la fiesta...

ANT. He puesto cincuenta y seis...

ELENA. Mal hecho. Copias entera  
la *Guía de Forasteros*.

ANT. En diez columnas y media  
no caben todos los nombres...  
y aquí un suelto largo cuesta  
un sentido.

ELENA. Bien, se paga!  
Ya reparas en miserias?  
Te vas haciendo muy ruin!  
Á no ser por mí, en la iglesia  
hubiéramos bautizado  
al niño como á un cualquiera,  
teniendo capilla en casa!

ANT. Es muy caro!

ELENA. Linda tema!  
Me olvidaba de un detalle:  
hay que dar dos mil pesetas  
á los pobres, de limosna!

ANT. Dos mil? Es mucho.

ELENA. Si hubiera  
de quedar la caridad  
oculta entre las tinieblas,  
sería mucho.

ANT. Sí.

ELENA.

Pero

hablando de ello la prensa  
es menester... Estas cosas  
se han de hacer... así... bien hechas.  
La cuestion no es de los pobres.

ANT. La cuestion es que se sepa.

ELENA. Claro está: corrige el suelto.

ANT. Le voy á hacer una enmienda.

ELENA. Dime, has puesto mucho bombo?

ANT. Seis bandas y doce orquestas  
no producen más estrépito.

ELENA. Bien; añade unas trompetas.

ANT. Verdi puro! Será un suelto...

ELENA. Muy ruidoso.

ANT. Mucho. Letra  
mia y música de Wagner.

ELENA. Tiene gracia la ocurrencia!  
Me voy, que están esperando.  
Oh! *pardon...*

MODISTA. (Muy fina.) No... Doña Elena...  
(Excusándose.)

ELENA. Vamos... y ven tú, Pepita...  
verás que hechuras tan bellas.  
Don Próspero... (Saluda.)

PROSP. Gran señora...  
(Cierta ironía.)  
Adios...

ELENA. (No te comprometas  
si te habla de Elisa.) (Ap. á Antonio.)

ANT. Bueno.

ELENA. Tengo favorables nuevas  
de Enrique.

ANT. Me alegro mucho.

PROSP. (Cuando tanto secretea...)

ELENA. (Lo que has de hacer es pedirle  
dinero.)

ANT. Santa Teresa.  
Está escamado.

ELENA. No importa,  
tú tienes buena muleta.)  
Vámonos.

PEPITA. Bueno. Cuando gustes.



(Dirígense los tres hácia el hotel.)  
ELENA. Gracias, ¡Jesús, qué cabeza!  
De lo mejor me olvidaba.  
Id subiendo la escalera.  
(Suben al hotel la Modista y Pepita.)  
Quién dirás que está en Madrid?  
ANT. Qué se yo?  
ELENA. Á ver si lo aciertas?  
Julio.  
ANT. Julio? Qué me dices? (Aparece Enrique.)  
Cá! No es posible.  
ELENA. De veras.  
Lo ha visto Enrique.

## ESCENA IV.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. Doy fe.  
Señores... (Saludando.)  
ANT. Sí? Qué me cuentas...  
ENRIQUE. Me ha dicho que vendrá á verte.  
ANT. Me alegro mucho!  
ENRIQUE. Si vieras  
qué conversion de carácter!  
Sí, chico, ha dado una vuelta...  
ANT. No es por recordarlo, pero  
conmigo tiene una deuda.  
Un piquillo respetable,  
mas aunque saldar quisiera...  
yo no... Cuánto ha derrochado!  
Era su fortuna inmensa.  
ELENA. Su padre murió?  
ENRIQUE. Hace un año  
dejando todas las rentas  
empeñadas y aun vendidas  
varias fincas de las buenas.  
ANT. Era gastador?  
ENRIQUE. Él, no.  
Julio ha sido un calavera  
y destrozó la fortuna.  
ELENA. Bah! Cuatro cuartos! (Desden.)

ENRIQUE. La pérdida  
de su padre y el estado  
deplorable de su hacienda  
lo impresionaron de un modo...  
Vamos... que ha sido completa  
su curacion. Se detuvo  
á tiempo, si no á estas fechas  
se hubiera pegado un tiro  
ó estaría en la miseria.

ELENA. Bah, no tanto!

ENRIQUE. Él se administra.  
Ha acabado su carrera  
de abogado y ahora viene  
á doctorarse.

ANT. Me dejas  
como aquel que ve visiones.

ENRIQUE. Hace una vida modesta.

ELENA. Vive en un pueblo! (Desprecio.)

ENRIQUE. En el suyo.

ELENA. (En son de burla.)  
Viendo la naturaleza  
con sus fuentes y sus pájaros.  
La vida de los habiecas!

ENRIQUE. Se ha vuelto muy económico.

ELENA. Un avaro! (Con mal modo.)

ANT. De manera  
que no gasta?

ENRIQUE. Lo preciso.

ANT. Pues mira, es un buen sistema.

ELENA. (Malo.) Y en qué ha de gastar  
metido en aquella aldea?  
Para hablar con el alcalde  
y jugar con el albéitar  
y con el barbero al solo!!...  
Qué ridícula existencia!  
Pero hay mucho más.

ANT. Sí?

ELENA Julio,  
—Enrique es el que lo cuenta.—  
Julio ha comprado una hucha.

ENRIQUE. Y es verdad. Y mete en ella  
una porcion de dinero



todos los días de fiesta.

ELENA. Como un colegial en Pascuas! (Burla.)

ENRIQUE. Como un niño de la escuela!

ANT. (Reflexivo sin darse cuenta de ello.)

Pues mira, mi bisabuelo  
con una alcancía de esas...

y viviendo como Julio  
hizo una fortuna inmensa.

ELENA. Tiempos del oscurantisimo!  
Qué gentes! Estaban ciegas!

ANT. Tenían mucho dinero!

ELENA. (Esto va mal.)

ANT. Y mi abuela  
era lo más económica...

ELENA. Pero *La Correspondencia*  
no habló de vuestros bautizos.

ANT. Bien...

ELENA. Y mañana la prensa  
y el mundo se ocuparán  
del de tu hijo. (Como fascinándolo.)

PROSP. (Qué vieja!)

ELENA. Ya verás cuántos elogios!  
Muchos! Columnas enteras!  
Y te envidiarán las gentes.

ANT. Eso es verdad. (Sonríe ya cambiado.)

ELENA. Y Enriqueta  
tendrá orgullo de ser tuya.  
—Vamos á ver á la enferma? (Á Enrique )  
El brazo. ¡Qué tunantillo!

(Acaricia á Antonio.)

De esta recepcion espléndida,  
lo verás, van á ocuparse  
las naciones extranjeras.

(Ap.) (Que pidas ese dinero.)

Á ver cómo lo trasteas.

Ya te sonries... Bribon!

Si yo no te conociera... (Muy mimosa.)

Ay, qué sería de tí  
si no fuera por tu suegra!

(Váse con Enrique por el hotel. Durante esta es-  
cena D. Próspero ha estado sentado en una silla á  
cierta distancia.)



ESCENA V.

PRÓSPERO y ANTONIO.

PROSP. (Si como ella fueran todas  
medraban los usureros!  
Á bien que entre mucho malo  
tiene el mundo mucho bueno.)

ANT. He tenido mucha suerte!  
Qué suegra, eh?

PROSP. Ya lo creo!

ANT. Una alhaja!

PROSP. Superior.  
Firmó usted los documentos?

ANT. Aquí están. Seis pagarés  
y la escritura. (Le da los documentos.)

PROSP. (Ya preso  
quedas en mis garras ) Justo.  
(Esto va bien, ya tenemos  
escritura de depósito.  
No es grande la suma, pero  
basta para sujetarle.)

ANT. Corresponden á los préstamos  
hechos hasta ayer.

PROSP. Corriente.  
(Antonio echa cariñosamente el brazo al cuello de  
D. Próspero.)

ANT. Necesito más dinero.

PROSP. Difícil es, muy difícil!

ANT. Para usted?

PROSP. Si no lo tengo;  
me lo consume usted todo...

ANT. Vendrán cuentas...

PROSP. Ya lo veo.

ANT. Y no las podré pagar.  
Ya ve usted...

PROSP. Y lo primero  
es cancelar la escritura  
de don Cosme... Él está inquieto.  
Ya se dió el auto de embargo.  
Yo lo voy entreteniendo,  
pero el hombre, si no cobra...

ANT. Vamos...

PROSP. Qué?

ANT. Sea usted bueno.

PROSP. Pero si no tengo un cuarto,  
ni un maravedí.

ANT. Te veo.

PROSP. En fin, hablemos claritos.  
Qué hay de Elisa? Qué tenemos?  
Se casa ó no con Enrique?  
Á mí se me está teniendo  
siempre en jaque.

ANT. Doña Elena  
hace terribles esfuerzos  
para vencer á la niña,  
porque su mayor deseo  
es casarla con usted,  
pero Elisa...

PROSP. Bueno, bueno!

ANT. Sea usted justo, don Próspero.  
Enrique es jóven y apuesto  
y su padre es millonario.  
Gran bolsista y gran banquero.  
Hombre muy emprendedor.  
El bolsista de más pecho  
que hay en la Bolsa. Ahora lleva  
entre manos un proyecto...  
Triplicará su fortuna.

PROSP. Ó quedará sin un céntimo.

ANT. Tiene cuatro ó cinco coches  
y unos caballos soberbios.  
Vive en París y esto halaga  
á la niña...

PROSP. Lo comprendo.  
Yo soy un tipo ridículo,  
un miserable...

ANT. No es eso.

PROSP. Pero la niña qué dice?

ANT. Cuando mamá le habla de ello  
se limita á contestar...

«Ya veremos, ya veremos.»

PROSP. (Lo verá y lo verán todos;  
yo realizo mi proyecto;



basta de burla y de escarnio.)

ANT. Vaya, viene ese dinero? (Muy mimoso.)

PROSP. Ahora no... Tal vez mañana.

«Ya veremos, ya veremos.»

(Con mucha intención la última frase. Váse por el foro. Queda Antonio como hecho de piedra.)

## ESCENA VI.

ANTONIO y ELISA.

ANT. Como una estatua me deja.

ELISA. (Por la escalera del hotel.)

Antonio, sube corriendo,  
que te llaman.

ANT. (Muy contento.) Será el niño?

Sí, dice, «papá.»

ELISA. Qué necio!

ANT. Es que estoy con la alegría  
que no sé lo que me pesco. (Váse corriendo.)  
(Elisa es una joven muy rubia y vestida con extremada elegancia. Ya no es la niña franca y sencilla del acto primero. Trae unos figurines y un periódico de modas, que deja sobre el velador.)

## ESCENA VII.

ELISA, JULIO y un LACAYO.

ELISA. Pobre Antonio! Es buen muchacho.

LACAYO. Daré el recado en seguida.

(El Lacayo, que ha precedido á Antonio, entra en el hotel con una tarjeta en la mano.)

ELISA. (Un caballero!

JULIO. Una joven!

No me engaño!)

ELISA. Julio!

JULIO. Elisa!

ELISA. Antonio? Antonio? Mamá?

(Llamando á voces muy contenta.)

JULIO. Jesús! Qué desconocida  
la encuentro á usted!



ELISA. Un poquito.  
(Yo no sé; me ruboriza  
esa mirada.) (Baja los ojos.)  
JULIO. (Ya es rubia!  
Ya no tiene el perfumista  
que sobre el cutis de nacar  
dos claveles le ponía.  
La mano de doña Elena!  
Mujer fatal? Otra víctima!)  
ELISA. (No me atrevo á alzar los ojos.)

### ESCENA VIII.

DICHOS, ANTONIO y en seguida DOÑA ELENA.

ANT. Toma, y por qué no me avisas?  
Que está Julio en el jardín!  
Julio!  
JULIO. Antonio! Así. (Se abrazan.)  
ANT. Por vida...  
ELISA. Y la señora?  
LACAYO. Ya sale.  
(Váse el Lacayo por la derecha.)  
ELENA. Tanto bueno!  
ANT. Mira! Mira!  
Aquí tienes al gran Julio!  
ELENA. Un abrazo...  
JULIO. Sí, hija mía.  
PEPITA. Y no hay otro para mí?  
JULIO. Pues no ha de haber, Josefina?  
Qué guapa estás!  
PEPITA. (Á su madre.) Ya lo ves.  
JULIO. Muy guapa!  
PEPITA. Pero vestida  
de corto. (Con disgusto.)  
JULIO. Si eres pequeña!  
PEPITA. En esta casa se mima  
á todos menos á mí!  
¡Cómo soy la pequeñita!  
Para Elisa y Enriqueta  
se despilfarra y se tira  
la casa por la ventana;

para la pobre Pepita  
nunca hay dinero!

[illegible]

PEPITA. (Sentándose á su pesar.) Bien.

JULIO. No la regañe usted.  
Pues, Antonio, mi venida  
tiene dos objetos. Uno  
el placer de esta visita  
á mis antiguos amigos.

ANT. Lo mismo que te querían  
te quieren.

JULIO. Y es el segundo  
saldar una cuentecilla  
que tengo contigo.

ANT. Calla!

JULIO. Oh, sí: en nuestra despedida,  
dos años hace por cierto...  
En el Cabañal... ¡Qué días!  
Pero ya se olvidó todo.  
Para aliviar mis desdichas  
me diste una cantidad  
de alguna importancia. (Saca una cartera.)

ANT. Quita.

JULIO.                      Aquí la tienes.

ANT. Perdoná,  
Julio, que no lo reciba.  
Entre nosotros no hay deudas.  
No la quiero.

ELENA. (Este hombre es lila!)

JULIO. En ese caso permíteme  
que haga otra cosa. Pepita?

ELENA. Qué va usted á hacer?

ANT. Pero Julio?

**JULIO.** Ten, para cuando te vistan  
de largo.

PEPITA. Si? muchas gracias.  
No, no señor...

JULIO.                      Pobrecilla!

Vamos, toma.

PEPITA. Si mamá...

ELENA. Tómallo, bien.



- PEPITA. (Toma la cartera.) Qué alegría!  
Un abrazo. (Abraza á Julio.)
- ELENA. No la pierdas.
- PEPITA. Cá! Se la daré en seguida  
á mi padrino. (Ap. á Julio.) (Si no,  
es seguro... el mejor día  
en haciendo falta un moño  
entre los dos me la birlan.)  
(Por la cartera. Váse.)
- ANT. Estás algo envejecido!
- ELENA. (Y qué cursi! de levita!)
- ANT. Y algo atrasado... (Por la ropa.)
- JULIO. Sí, ahora  
no despertaré tu envidia  
con la variedad de trajes.  
(Julio viene bien vestido, pero con modestia.)
- ELENA. Para qué los necesita?  
Para enterrarse en el pueblo  
y andar entre las gallinas?
- ANT. No empiece usted.
- JULIO. Déjala.  
¡Es bastante más tranquila  
mi existencia que era entonces!
- ELENA. Claro, la filosofía  
de todos los cursis...
- ANT. Vamos.  
(Sale el Lacayo y en una bandeja presenta á Antonio una carta.)
- LACAYO. Señorito.
- ANT. Otra esquelita?
- LACAYO. Esperan contestacion!
- ANT. Del Marqués... será servido.  
Ven por ella. (Al Lacayo.)  
(Á Antonio.) Me permites...
- JULIO. Ya lo creo.
- ANT. (Esto me intriga.)  
(Váse por el hotel.)

## ESCENA IX.

DOÑA ELENA, ELISA, JULIO.

ELISA. Y usted, Julio, se resigna



á vivir en el rincón  
de un pueblo?

JULIO. Con ilusión.

ELISA. Es una existencia indigna  
de usted. (Siéntanse junto al velador.)

JULIO. No tal.

ELISA. Sí por cierto.

JULIO. En mi triste desamparo,  
ese pueblo ha sido el faro  
que me ha conducido al puerto.

ELISA. Nunca en la aldea se pasa  
como aquí!

JULIO. Mejor.

ELENA. Muy bien.

Vaya. Pues si así también (Irónica.)  
la gente se queda en casa!

Y se gasta mucho en ropa,  
y en bailes, música y mesa!

Los jueves de la alcaldesa  
son famosos en Europa!

¡Qué lunes da el boticario!

¡Qué viernes la secretaria!

Mucho! Y la veterinaria

da cada té literario!...

(Más irónica cada momento.)

ELISA. Y son té danzantes?

ELENA. Sí.

JULIO. Lo que es té se dan bastantes:  
no danzantes, los danzantes  
se han quedado por aquí.

(Rien las señoras.)

ELENA. Se ha picado usted?

ELISA. Sí.

JULIO. Cá!

No soy yo tan susceptible!

ELENA. Vamos, parece imposible  
que viva usted por allá.

JULIO. Hay una razón.

ELISA. La sé.

JULIO. Sí?

ELISA. Julio está enamorado.

ELENA. Puede que hayas acertado...

ELISA. Pero perdido.

JULIO. No á fe.

ELISA. De alguna labradoraza  
de esas gordas, carrilludas.

ELENA. Sí, de aquellas mofletudas  
que beben en alcarráza.

ELISA. Y eso á falta de perol,  
que si no con él se avienen.  
(Todo ello en son de burla.)

ELENA. De esas redondas que tienen  
cara de reló de sol.

ELISA. Con dos manchas de carmin  
en las mejillas.

ELENA. Eso es;  
como el músico despues  
de un solo de cornetin.

ELISA. Ay qué colores!

JULIO. Muy bellos.

ELISA. Pero hacen volver la vista.

JULIO. Pues busque usted un perfumista  
que los haga como aquellos.  
(Con marcada intencion.)

ELISA. Más bonitos, sí señor.  
El mio es más elegante.

JULIO. Hay no más un fabricante  
que elabora aquel color.

ELISA. Tiene usted buena memoria.

JULIO. Yo?

ELENA. Más que galantería.  
Mucha más.

JULIO. Señora mia,  
qué quiere usted? Yo hago historia.

ELENA. Al fin de pueblo!

ELISA. Mamá!  
(Como reconviniéndola.)

JULIO. No me ofende.

ELISA. Vamos, vamos.  
(Tranquilizándola.)

JULIO. Sí señor, muy mal estamos  
los que vivimos allá.  
Ni la moda nos auxilia  
ni el lujo con sus placeres,



ni aquellas pobres mujeres  
al ser madres de familia,  
al niño que nace en pos  
de honrada y modesta boda,  
incautas le hablan de *moda*  
ántes casi que de Dios,  
ni con locura inaudita  
de mil modos lo componen,  
ni el primer libro que ponen  
en su tierna manecita,  
es el espejo fatal,  
consejero adulador  
que luégo en edad mayor  
hace mentir al cristal,  
porque á fuerza de mirarse  
cada cual y componerse,  
tan hermoso llega á verse  
como quiera imaginarse.

ELENA. Exacta fotografía  
da el espejo... y... (Se detiene.)

JULIO. (Incitándole á seguir.) No padezca.

ELENA. Justo es que usted lo aborrezca  
si se ha mirado algun día.

JULIO. Y usted se mira?

ELENA. Yo sí... (Se repite el juego.)  
No se quede usted perplejo.

JULIO. Qué la dice á usted el espejo?  
Venga, qué la dice?

ELENA. Á mí...  
Que aún estoy bien.

JULIO. Bueno, basta.  
Pues se ve usted á poca luz  
ó debe ser andaluz  
el espejo que usted gasta.  
(Con finura esta especie de insulto.)

ELENA. Julio!

ELISA. La revalcha toma.

JULIO. Es cierto, anduve inhumano.

ELENA. Lo dije... al fin provinciano.

ELISA. Más vale tomarlo á broma.

(Se levantan los tres.)

ELENA. Buenas razones adujo.



Conque usted, segun parece,  
querido Julio, aborrece  
la moda?

JULIO. Y con ella el lujo.

Y no de manera ambigua,  
que si estuviera en mi mano...

ELENA. Pierde usted el tiempo en vano.

La moda es costumbre antigua  
y respetarla es preciso.

En un tiempo solamente  
no le dió culto la gente.

Me refiero al paraíso.

No había más moda que una...  
y cómoda!

JULIO. Ya sé yo...

ELENA. Muy sencilla. Mas duró  
poco tiempo por fortuna,  
porque la serpiente lista  
intrigó y vino el desastre.

JULIO. No fué serpiente, fué un sastre  
con ayuda de modista.

ELENA. Tiene gracia!

ELISA. Pues señor,  
sin la moda caprichosa,  
sin esa deidad hermosa,  
sin el fausto embriagador,  
yo no comprendo la vida!

JULIO. (Pobre Elisa, qué cambiada!)

ELISA. Qué se hace en los pueblos?

ELENA. Nada.

JULIO. En mi aldea apetecida  
tambien á la moda un templo  
se levanta.

ELISA. Méenos mal.

ELENA. Oh! no es posible!

JULIO. Sí tal;  
allí es moda; por ejemplo,  
y nadie á hollarla se atreve,  
que el negro de la niñez  
solamente la vejez  
lo cubra de blanca nieve;  
(Elisa va bajando los ojos.)

que la juventud avara  
guarde, como no tocados,  
los claveles sonrosados  
que Dios le puso en la cara.  
Que aprenda á deletrear  
en la escritura... Eso es.  
Como que aprenda despues  
la señorita á pensar...  
no en *La Moda de París*,  
(Quitando cortesmente de la mano á Elisa un pe-  
riódico de modas.)  
que esa sirve para nada!  
En la perfecta casada  
del eminente Fray Luis;  
que se la diga: «Leed,  
y con los ojos bien fijos.»  
Moda es tambien que los hijos  
al padre le hablen de usted.  
Es moda allí muy corriente  
besar al padre, que ufano  
presenta al niño la mano  
y al hombre le da la frente.  
Allí es moda trabajar,  
y la moda más completa  
es coser y hacer calceta,  
cuidar la casa, rezar,  
y formar un buen rincon  
y vivir, sin una pena.  
Ya lo ve usted, doña Elena,  
vejeces de lugaron.

ELENA. Qué homilía tan importuna!  
JULIO. Eso es moda y no lo es  
vivir al dia despues  
de gastar una fortuna.  
Ni es moda tampoco allá,  
y no á censurarla voy,  
decir: «Bien salgamos de hoy  
que mañana Dios dirá!»  
No es moda que la mujer,  
como ya creo haber dicho,  
por vanidad, por capricho  
ó por el bien parecer

gaste en perfumes de China  
ó en vanidades de tienda  
ya el producto de una hacienda,  
ya el sueldo de una oficina,  
ó el legado de un pariente  
ó el patrimonio heredado,  
sin duda todo ganado  
con el sudor de la frente.  
Porque esa perpétua feria  
en que la mujer hoy luce,  
doña Elena, eso conduce  
sin remedio á la miseria.  
Ya sé, en llegando á este artículo  
usted dirá, sí señor,  
que soy un declamador...  
un filósofo ridículo...  
que en su opinion desatina,  
que soy un loco de atar  
y que me deben cerrar  
la calle de Espoz y Mina;  
que me van á hacer prender  
en viendo un rayo de luz,  
Garin, Carmona, Eguiluz  
Marzo, Mellerio y Samper;  
más yo diré de mil modos  
que el lujo causa es marcada  
de la miseria dorada  
en que viven casi todos.  
Aunque no pueda mi influjo  
corregir el mal que sello,  
yo gritaré á voz en cuello  
«ménos lujo, ménos lujo!»  
Y en apoyo de esta homilía  
que usted hallará exagerada,  
yo apelo á la voz honrada  
de los padres de familia.

## ESCENA X

DICHOS, ANTONIO en el balcon y ENRIQUE por el hotel.

ENRIQUE. Pero qué voces son estas?



ANT. Julio?

JULIO. Qué!

ANT. Sube en seguida.

Te necesito al instante...

Sube...

JULIO. Si me necesitas... (Antonio entra.)

ELISA. Voy á coger una flor... (La coge del rosal.)

ELENA. Si rompe usted la alcancía  
lo primero que ha de hacer  
es comprar una levita. (Váse.)

JULIO. No me hace falta, señora,  
la que llevo está muy limpia.

ENRIQUE. Cómpratela, vas muy cursi.  
Vas á despertar la risa  
del salon. (Julio se encuentra en la escalinata.)

JULIO. Y qué me importa?

ENRIQUE. Tienes la facha ridícula.

JULIO. (En voz baja á Enrique para que no lo oiga Elisa.)  
Escucha, Enrique, en lugar  
de pensar en tonterías  
(Ha bajado al proscenio.)  
de si voy ó no elegante,  
trata de saber si Elisa  
te quiere á tí ó al dinero  
de tu padre... Lo averiguas  
y ya hablaremos despues. (Váse por el hotel.)

ENRIQUE. (Aquí me ha abierto una herida.)

## ESCENA XI.

ENRIQUE, ENRIQUETA. Ésta trae una flor y va á entrar en  
el hotel sin pararse á hablar con Antonio.

ENRIQUE. Oye.

ELISA. No.

ENRIQUE. Es una palabra.

ELISA. Si es una sola, bien; sea.

ENRIQUE. Te marchabas sin decirme...  
decir?... ¡Ni mirar siquiera!

ELISA. Sí, como estás tan alegre!

ENRIQUE. Tú en cambio estás bien risueña.

ELISA. Tengo motivos.

ENRIQUE.

Pues no!

ELISA. Veo á mi hermana contenta  
y dichosa con el hijo  
que el cielo de amor en prenda  
le acaba de conceder.  
Veo cercana la época  
de un enlace ambicionado  
que mis esperanzas llena.  
Por qué, pues, si es alegría  
todo cuanto me rodea,  
ha de empañar mi semblante  
ni el dolor ni la tristeza? .

ENRIQUE. Es verdad. Y es muy dichosa  
tu hermana?

ELISA.

Pobre Enriqueta!

Muy dichosa!

ENRIQUE.

Es natural!

El primer hijo... lo besa?

ELISA.

No lo besa, se lo come,  
es decir... si no berrea,  
que ha salido más lloron...  
Mi hermana se desespera  
y lo riñe.

ENRIQUE.

Á los dos dias!

ELISA.

Hijo, si da una jaqueca  
con su llanto... ¡Qué pulmones!  
Tenores hay de zarzuela  
con ménos voz que el chiquillo.

ENRIQUE. Y cuando llore, Enriqueta  
lo acariciará en su seno  
amorosa, dulce y tierna.

ELISA.

Sí, un ratito, y si no calla  
se lo endosa á la niñera.  
Para eso tiene dinero,  
para ahorrarse pejugueras.

ENRIQUE. Son pejugueras los hijos?

ELISA.

Cuando lloran lo son buenas.  
Y éste no calla á no ser  
que lo coja la pasiega.  
Yo no sé qué tiene el ama.  
Ah! sí que lo sé... Tontuela!

ENRIQUE. Es decir que no lo cria?



ELISA. Criar? Mi hermana no es de esas.  
Ni ella el encargo aceptara,  
ni mamá lo consintiera.  
Criar es, según mamá,  
oficio de jornaleras,  
y mi hermana es harto rica...

ENRIQUE. Es verdad!

ELISA. Pues buena es esa!

Dice mamá, y yo lo creo  
porque es voto en la materia,  
que ese oficio desfigura,  
aja el cutis, vuelve feas,  
anticipa la vejez

ENRIQUE. Tiene razón doña Elena!  
Darle vida á un hijo propio;  
prestarle las propias venas,  
con una savia no más  
sostener dos existencias...  
Eso no! Si el cielo ha dado  
á las pobrecitas hembras  
la desgracia de los hijos,  
ya neutralizó la pena  
criando con mano próbida  
las montañas succulentas  
de tierra de Santander.

ELISA. Sí señor, y las gallegas.

ENRIQUE. La tierra de promision.

ELISA. Yo llamaría á esa tierra  
el restaurant infantil  
de la península Ibérica.

ENRIQUE. Eso es pensar con cordura.

ELISA. Y luego, que esa faena  
no deja un momento libre,  
siempre con el rorro á cuestas.  
Ni se puede ir al teatro,  
ni á hacer visitas siquiera,  
sin exponerse al ridículo  
de una exhibición grotesca.  
No señor, mira á mi hermana.  
Pues aunque estuviera buena  
hoy no podría la pobre.

ENRIQUE. Qué está ocupada?



ELISA.

Y de veras.

ENRIQUE. En qué?

ELISA.

Con madam Marí.

ENRIQUE. Quién?

ELISA.

La modista francesa.

Es preciso estar en todo.

Es verdad que hoy está enferma;  
pero ya comprenderás  
que cuando se restablezca  
ha de ir á misa mi hermana.

ENRIQUE. Cabal.

ELISA.

Y á una misa régia!

Hay que devolver visitas.

ENRIQUE. Vaya! La cuestión es seria!

ELISA.

Y no se hace muchos trajes,  
no señor, una docena.  
En fin, no más lo preciso.

ENRIQUE. (Con mucha intencion.)

Y tú tienes celos de ella?

ELISA.

Por qué he de ocultarlo? Sí.  
¡Qué harta estoy de ser soltera!  
Estado más fastidioso;  
Enrique, yo no soy dueña  
de un céntimo. Á la mamá,  
—francamente y da vergüenza,—  
he de acudir para todo.  
—Mamá, botitas!—¡Pequeña!—  
—Mamá, polison.—Mañana.—  
—Mamita, que yo quisiera  
un traje de terciopelo!  
—Cuando te cases, contesta.—  
—Un reló.—Cuando te cases.—  
—Ay, mamita, si supieras  
qué abrigo ví el otro día...  
me los comprarás. Y vuelta  
al «cuando te cases.» Yo  
por no escuchar esa tema  
quisiera casarme hoy mismo.  
Ay, sí, romper las cadenas  
de esta esclavitud, Enrique.  
Tú eres bueno, yo soy buena  
y como querrás que luzca

y que radiante aparezca  
entre todas mis amigas,  
porque en el hombre reflejan  
las venturas de la esposa;  
tú cuidando de la hacienda,  
yo honrándote con mi lujo,  
sabr  hacer esta pareja  
un Eden del matrimonio  
y otro cielo de esta tierra;  
y adios, que ya debe estar  
impaciente mi Enriqueta. (V se corriendo.)

## ESCENA XII.

ENRIQUE solo.

ENRIQUE. Pues señor, estamos bien.  
No ve la chiquilla esa  
su esposo en mí, ve el cajero  
que las facturas solventa.  
Buena educacion recibe.  
En cuanto mi esposa sea  
no vivir  con su madre.  
(Suenan las cinco en el relé del hotel.)

PEPITA. Ya va á comenzar la fiesta,  
padrino.

MANUEL. S .  
(Por diferentes puntos del teatro llegan varios  
convidados.)

PEPITA. Esta es la hora  
fijada. Tambien mamá  
har  pública la boda  
de Elisa... Yo... ya s  el novio  
que eligen... soy más bribona.

## ESCENA XIII.

DICHO, DOÑA ELENA, ANTONIO, PEPITA, D. MANUEL Y  
MUCHOS DE ACOMPAÑAMIENTO, vestidos de alta etiqueta;  
poco despues JULIO.

ELENA.  Qu  contrariedad! Dios mío!

ANT. Si aunque quemaran la Bolsa!...

ELENA. Conque sin padrino?...

ANT. No...

ELENA. Vaya! (Muy sofocada.)

ANT. No tanto, señora.

ELENA. Bien; pero el marqués...

ANT. Me dice

(Tiene en las manos la carta del marqués.)

que por asuntos de monta

sale por al extranjero...

No le ocurre una bicoca,

le va en ello la fortuna.

Que se haga la ceremonia

del bautizo en nombre suyo...

ELENA. Bien, y qué hacemos ahora?

ANT. Yo tengo padrino, Julio!

ELENA. Quieres callar? Me encocora!

valiente padrino buscas

para un bautizo con pompa!

(Julio está oyendo todo.)

ANT. Lo he comprometido ya.

Julio es un muchacho de honra.

ELENA. Sin frac ni corbata blanca...

Ya está pasado de moda...

(Destemplada.)

Jesús! Qué diría el mundo?...

Cá, seríamos la mofa

de los salones. Qué lenguas!

Qué burlas, verdad, señoras?

(Consultando á unos y á otros.)

Padrino más ordinario!

Un padrino así deshonra!

Ni quiero que se avergüence

mi nieto despues...

(Todos se asocian á su idea.)

JULIO. Señora...

(Pausa. Julio pasea una mirada por los circuns-  
tantes.)

Si torpe murmuracion

critica en esos salones

la ropa haciendo girones,

enseñaré el corazon,



y tan honrado, tan sano,  
tan noble lo ha de encontrar  
que lo habrá de saludar  
con el sombrero en la mano.

(Con fuerza.)

Esa acusacion mezquina  
me obligó á perder la calma,  
se apadrina con el alma  
que la ropa no apadrina.

Será, señora, quizás  
el hombre más caballero  
porque el ala de un sombrero  
tenga un centímetro mas?

Honrado sólo ha de ser  
el que á la moda del día  
se vista en casa Mejía  
ó de Sanchez Esteller?

De sus modas usted en pos  
ciega está, voto á mi nombre!  
La ropa la forma un hombre  
y el alma la forma Dios.

(Con solemnidad.)

Cuándo pidió el cristianismo  
esta necia esclavitud? (La de la ropa.)

Se debe llevar virtud  
á la pila del bautismo.

Lujo! Pernicioso afan!  
Pompas! El Señor me asista!

Qué lujo llevó el bautista  
á las aguas del Jordan?

Yo he de apadrinarlo, yo.

En su padrino primero  
podría haber más dinero,  
más honra y vergüenza, no.

(Con entereza.)

ELENA. (Habrador!)

ANT. (Óyese el órgano.) (Cállese usted.)

JULIO. Hacia la capilla vamos.

PROSP. (Golpe, y seguros quedamos.)

(Á Doña Elena.)

Hágame usted la merced.

ELENA. (Yo no sé lo que me pasa.)

## ESCENA XIV.

DICHOS, un poco ántes ha salido D. PRÓSPERO acompañado de un caballero.

PROSP. (Ap. á Doña Elena.)  
Presento á usted á don Pio,  
un notario, amigo mio...  
que viene á embargar la casa.  
(Ap. á Doña Elena.)

ELENA. (Jesús!)

ENRIQUE. (Á Julio.) No viene el marqués!

ELENA. (Pues es un grano de anís.)

JULIO. (No; se ha marchado á París  
para asunto de interés.)

Ha quebrado su banquero,  
y marchará á que le explique...

(Han seguido hablando ap. D. Próspero y Doña Elena.)

ELENA. Casarla yo con Enrique...  
Me ofende usted, caballero.

MANUEL. Se anuncia la boda ó no?

ELENA. Cumplir lo dicho precisa.

PEPITA. Lo de la boda?

ELENA. Sí, Elisa

se casa... (Queda en el centro del teatro.)

ELISA. (Ya lo sé yo.) (Esperanzada.)

ELENA. Con don Próspero Valrobre. (Sensacion.)

PROSP. (Al notario.)

Yo la deuda pagaré! (Muy risueño.)

ENRIQUE. (Fuera de sí y ap. á Julio y Antonio.)

Se me ha engañado? ¿Por qué?

Di por qué?

JULIO. Porque eres pobre... (Con pena.)

ENRIQUE. (Á Julio y á Antonio.)

De dónde lo presumís?

Decídmelo, yo lo quiero.

JULIO. (Le enseña la carta del Marqués tomándola de  
manos de Antonio.)

Mira, es tu padre, el banquero  
que se ha arruinado en París.

(Órgano dentro. Enrique queda abatido.)

Bueno es que el valor recobres.

( Como coosejo á Enrique.)

(Á Doña Elena con acritud.)

(Ya van dos víctimas, dos.)

(Doña Elena hace un gesto de desprecio.)

Ven, que en la casa de Dios  
los más ricos son los pobres.

(Á Enrique tendiéndole los brazos. Cuadro.)





---

## TERCERA ÉPOCA. 1876.

---

Gabinete elegantísimo en casa de Antonio: puertas laterales: una grande al foro, abierta sobre un magnífico salón de baile: muebles de esquisito gusto: la puerta del foro aparece cerrada. Un elegante secrétaire.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELENA, ENRIQUETA y ANTONIO. Vestidos los tres como para una recepción de alta etiqueta. Enriqueta sentada á la izquierda. Su rostro expresa el mayor disgusto. Antonio sentado á la derecha. Doña Elena de pie junto á éste.

ELENA. Es necesario salir  
de esta noche!... Ya mañana  
tranquilizado don Próspero,  
viendo firmadas las cartas  
y tan próxima su boda  
con Elisa...

ANT. No se ablanda  
su bolsillo! Es un hebreo.  
No fía sobre esperanzas.  
Necesita realidades...

ELENA. Viéndolas ya tan cercanas...

ANT. Todo es inútil; don Próspero  
no da un céntimo.

ELENA. Con maña

y diciéndole el objeto...  
pudiera lograrse...

ANT. Nada.

En cien tonos lo he hecho mil  
reflexiones... todas vanas!  
Yo no tengo garantías  
materiales. Pignoradas  
no están mis fincas, señora,  
sino vendidas.

ELENA. Qué lástima!

ANT. Violentando mis instintos  
recorrí toda la escala  
del crédito y el rubor  
quemándome está la cara.  
He engañado á mis amigos.  
Por muy desinteresada,  
por generosa que sea  
la amistad, al fin se cansa  
del abuso!...

ELENA. Lo comprendo:  
sí, pero ello es necesaria  
para salir de esta noche  
una suma, hay que buscarla.

ANT. Pero si no tengo un céntimo!

ELENA. Qué rayo de luz tan clara.  
Nos hemos salvado!

ENRIQ. y ANT. Sí?

ELENA. Pepita tiene guardada  
la cajita del dinero  
en aquel secreter.

ENRIQ. Gracias  
á Dios que una vez siquiera  
veo á mi madre inspirada!

ANT. Tienē usted mucho talento!  
Pero ese dinero...

ELENA. Data  
de aquel regalo de Julio.  
El dinero lo guardaba  
don Manuel...

ANT. Sí; su padrino.

ELENA. Lo ha manejado en su casa  
desde entónces... y ha ganado



sus intereses...

ANT.

Qué ganga!

ENRIQ.

Cuándo han traído el dinero?

ELENA.

Habrá dos horas escasas...

ANT.

Y aún lo tiene usted guardado?

Parece mentira.

ELENA.

Calla!

Qué sabes tú? Si la llave  
la ha cogido la muchacha  
y sólo Dios sabe donde  
la habrá guardado...

ANT.

Sí, cáspita!

Pues conoce el personal.

ELENA.

Es lo más interesada  
la chiquilla!... Y que no tiene  
poco apego á lo que llama  
su fortuna! Don Manuel  
no puso muy buena cara  
cuando trajo aquí la suma,  
porque seguir manejándola  
quería...

ANT.

Es justo.

ELENA.

Pero ella

contestó.—«Cada cual manda  
en lo suyo...»

ENRIQ.

Qué descaro!

ELENA.

«Mañana por la mañana  
necesito ese dinero.»

ANT.

Y para qué?

ELENA.

Toma, vaya  
usté á adivinarlo.

ENRIQ.

Bien;

y si Pepa, que es taimada  
no da la llave, qué hacemos?

ELENA.

La dará á buenas ó á malas.

ANT.

Eso no.

ELENA.

Ya; por el pronto  
conviene catequizarla.

ENRIQ.

Aquí viene.

ELENA.

Pues chitito.

ANT.

La prepararé.

ELENA.

Dejádmela.

## ESCENA II.

DICHOS y PEPITA.

PEPITA. Mamá?

ELENA. Qué?

PEPITA. Elenita pide  
alfileres.

ELENA. Ay qué guapa  
viene esta noche mi niña!  
(Sentándola sobre las rodillas. Todos la acarician.)

ENRIQ. Qué bonita!

ANT. Es una alhaja!

ELENA. Voy á comprarle más cosas!...  
Dame un beso, resalada!

ENRIQ. Y otro á mí!

ANT. Y á mí un abrazo!

PEPITA. (Qué será esto? Me escaman  
con tantas zalamerías.)  
Y los alfileres?...

ELENA. Calma,  
chiquitina de la madre,  
tenemos que hablar...

PEPITA. Anda, anda,  
á buena hora...

ELENA. Dí, rica...  
No sabes lo que nos pasa?

PEPITA. Yo no.

ELENA. Pues has de saber  
que contra lo que esperaba  
tu madre... no me han traído  
dinero..

PEPITA. (Te veo!)

ELENA. En casa  
no hay más capital que el tuyo;  
y si quisieras prestada  
dejarme esa cantidad...

PEPITA. Si me pasa una desgracia  
terrible!

ELENA. Cuál?

PEPITA. Que he perdido

la llave!

ENRIQ. (Será taimada!)

ELENA. No te creo.

PEPITA. Es la verdad.

Estoy há un rato buscándola...

ELENA. Mira que es grave el apuro.

PEPITA. Pero si. .

ELENA. Vendrán á casa

las infinitas personas  
que ayer fueron invitadas  
para el baile de esta noche.

No se firman unas cartas  
de boda... así, tan á secas;  
es forzoso celebrarlas  
con baile, bufet y refresco,  
sopena de ser tachadas  
de miserables las gentes  
que invitan. Es cosa clara!

PEPITA. Y es ese todo el apuro?

Yo creí que se trataba  
de socorrer á un enfermo,  
de aliviar una desgracia!

Esas gentes que no cenén  
ó que cenén en su casa.

En fin, no tengo la llave.

Yo os autorizo á buscarla,  
y si la encontrais abrís  
y disponed de la caja.

Pero buscad con cuidado,  
porque son grandes las salas,  
y luégo como es de noche  
y la vista no está clara...  
Buscad bien, porque es difícil  
que consigais encontrarla. (Váse.)

### ESCENA III.

DICHOS ménos PEPITA.

ENRIQ. No me ha cogido de susto.

ANT. La chiquilla es agarrada...

ELENA. Tendré el dinero aunque sea



- preciso descerrajarla. (Señalando la caja.)
- ENRIQ. En fin, sácanos del lance...
- ANT. Pero Enriqueta...
- ENRIQ. Cachaza.
- ANT. Si es que no puedo!
- ENRIQ. Pedimos  
un imposible? Repara  
que con muy poco... Qué es ello?  
Que porque la cuenta es larga  
te cierra el fondista el crédito  
si un pico al menos no pagas?  
Se le da el pico y en paz.
- ANT. Me desesperas; tú lo hallas  
sencillo.
- ENRIQ. Sepa el fondista  
que don Próspero se casa  
con tu cuñadita...
- ANT. Y qué?
- ENRIQ. Toma, con esa esperanza...
- ANT. He de ir yo con ese cuento?
- ENRIQ. Amigo, cuando hace falta...
- ANT. Bien, y aunque lo hiciera, ese  
pico de dónde se saca?
- ENRIQ. Siempre se encuentran recursos  
cuando se buscan con ansia.
- ANT. Yo los he agotado todos.  
Si hasta le he escrito una carta  
á Julio...
- ELENA. Y qué?
- ANT. Aún no ha sido contestada.
- ELENA. Tiempo perdido... Un avaro!
- ANT. Y contra lo que dictaba  
mi corazon, busqué á Enrique...
- ENRIQ. Le hablaste?
- ANT. Hablé con su hermana.  
Enrique no está en Madrid.  
Á las seis de la mañana  
fué Julio con gran urgencia  
á sacarlo de la cama,  
y lo mandó no sé dónde  
para asunto de importancia,  
segun dice su hermanita.

ENRIQ. Sí que estaría, eso es farsa...

ELENA. Y de Elisa, qué te dijo?

ANT. Me preguntó cómo estaba.  
Yo le dije que está buena,  
un poquito delicada  
y nada más...

ELENA. Muy bien hecho.

ANT. Ella saber deseaba  
si la enfermedad de Elisa  
reconocía por causa  
el cariño hacía su hermano,  
y saber si fué aplazada  
esta boda con don Próspero  
por igual razón!

ELENA. Lagarta!  
Tú le dirías?...

ANT. Que no.  
Lo demás era bañarla  
en agua de rosas.

ENRIQ. Claro.

ANT. Como desde la desgracia  
de la quiebra han transcurrido...

ELENA. Te diré la fecha exacta.  
Quince meses.

ENRIQ. Justo, el tiempo  
de mi niño.

ANT. Sí, no falla!  
Supimos en el bautizo  
la quiebra! Ella es muy larga,  
y como trascurre el tiempo  
y Elisita no se casa...  
sin duda de que su hermano  
vuelva tiene esperanza...

ELENA. Verá el chasco que se lleva  
en la próxima semana.  
Si Enrique es pobre!

ANT. No tal.  
Un abogado de fama.  
Al verse pobre apretó  
con el estudio. Caramba!  
Y ha salido un gran talento.  
Lo mismo que Julio. Ganan

todo lo que quieren...

ELENA. Sí,  
está bien; pero compara  
la fortuna de don Próspero.

ANT. Ya lo sabemos.

ENRIQ. Pues anda,  
sácanos del apurillo  
de esta noche, que mañana  
todo nos ha de sobrar.

ANT. Pero de dónde, muchacha.  
Yo no puedo. Es imposible.

ENRIQ. No? Pues yo veo una alhaja en tu mano.

ELENA. Qué? (Turbada.)

ANT. (Dios mio!)

ELENA. Esa sortija empeñada  
ya valdrá sobre cien duros.

ELISA. (Dentro.) Enriqueta!

ELENA. Vé, que llama  
Elisa.

ENRIQ.            Que espere un poco.  
                      Tu deber es empeñarla.

ANT. (Ah! Si supiera al objeto que la tengo destinada.)

ELENA. (Al oído de Antonio.)  
(Que no lo sepa Enriqueta.)

ELISA. (Dentro.) Vienes ó no vienes?

ENRIQ. Calla.

ELENA. No calla, vete en seguida.

ENRIQ. (Pero...)

ELENA. (Quedará empeñada.)

(Vase Enriqueta muy contenta.)

ESCENA IV.

DOÑA ELENA Y ANTONIO.

ELENA. Buena inspiracion, verdad?  
Esa sortija nos salva.

Ay, empéñala, Antoñito.

ANT. Es de veras? Y esta carta?  
(Una que saca del bolsillo.)



- Sabe usted que es la segunda,  
y que tengo reservada  
la cantidad del empeño  
para poder contestarla?
- ELENA. De todos modos están  
las oficinas cerradas  
á estas horas. Ya no hay giro.  
Mañana sí.
- ANT. Y si mañana  
no puedo mandar dinero?
- ELENA. Yo te empeño mi palabra  
de que lo tendrás.
- ANT. De veras?
- Palabra de honor?
- ELENA. Sagrada.
- Antes ó despues, es claro,  
hemos de abrir esa caja.
- ANT. Pues la empeño y al fondista...
- ELENA. Le das dinero y le encargas  
que mande la cena.
- ANT. Bueno! (Váse.)
- ELENA. Ay, Dios mio! Muchas gracias!  
El caso es salir de hoy.  
Ya me quedo descansada.

## ESCENA V.

DOÑA ELENA, ENRIQUETA, ELISA.

- ELENA. Jesús, qué bonita vienes! (La besa.)  
Anda, que rabien de envidia!
- ELISA. Me sientan bien estas flores?
- ELENA. Divinamente! Qué rica!  
Don Próspero es millonario.
- ELISA. Pero es tan feo!
- ENRIQ. Tontina!  
La vulgaridad de todas!
- ELENA. Me encocora esta chiquilla!
- ENRIQ. Yo me casé con Antonio  
sin quererle.
- ELISA. Sí?
- ENRIQ. Ni pizca;

pero á fuerza de atenciones,  
eso de no haber un dia  
sin que me trajera á casa  
ya el vestido, la vajilla,  
la docena de cubiertos,  
el medallon, las sortijas...  
me cautivó, y poco á poco  
le voy queriendo, Elisita.

ELENA. Lo que pasó con tu padre,  
pues el pobre no tenía  
que agradecer mucho á Dios.  
Chiquitin, una fachita!...  
Nacional del treinta y siete.  
Yo lo ví en una revista  
que pasó don Baldomero  
por lo de Mendigorría;  
y con aquel morrion  
de seis pisos y guardilla,  
y el pompon, y el uniforme,  
y un sable así, que tenía,  
era .. y Dios me lo perdone,  
la figura más inícuca...  
Pues consiguió engatusarme,  
que nunca se pasó un dia  
sin hacerme algun obsequio  
de valor! Pobre Matías!

ELISA. Pero ese amor, ó soy tonta,  
ó se acabará, mamita,  
en yendo el marido á casa  
con las dos manos vacías!

ENRIQ. Hoy estás muy bachillera!

ELENA. Y muy marisabidilla.  
Qué ideas!

ELISA. No te incomodes.  
Ye te daré una alegría.

ELENA. Cuándo?

ELISA. En viniendo don Próspero.  
Me has hecho más picarilla  
á fuerza de aconsejarme...

ENRIQ. Para asegurar tu dicha.

ELISA. Que segun tú, se consigue  
con astucia y con malicia.

Qué es todo? Que la verdad  
no es conveniente decirla?...

Pues muy bien, no la diré.

Precisamenre, mamita,  
por hacérmela ocultar,  
(ya sé yo qué convendría,)   
la llevo desde pequeña  
dentro del alma cautiva.

ENRIQ. Por aquí viene don Próspero! (Váse.)

ELISA. Ay, mamá, estoy bien prendida?  
(Arreglándose rápidamente el traje.)

ELENA. Estás hecha un serafín.  
Muy guapa y elegantísima.  
Que ya está aquí! Cuidadito!  
Mucho talento!

ELISA. Descuida!

ELENA. Háblale de tú.

ELISA. Eso no.

Se convino el otro día  
en que hasta hacerse la boda  
siguiera el usted.

ELENA. Qué rica!

PROSP. Se puede?

ELENA. Vaya!

ELISA. Adelante!

ELENA. Querido! (Tendiéndole la mano.)

PROSP. Señoras mías!

## ESCENA VI.

ELISA, DOÑA ELENA y D. PRÓSPERO.

D. Próspero viene vestido de frac y corbata blanca, con arreglo á la última moda. Las patillas teñidas y la peluca denuncian la vejez; Ha de ser el tipo de lo que vulgarmente se llama un viejo verde, pero de mal gusto y peor tono.

ELENA. Qué tarde!

ELISA. Cuando una espera...

PROSP. Es que he estado ocupadísimo.

ELENA. Qué eleganton viene usted!



- PROSP. Regular!
- ELISA. Hecho un pollito!
- ELENA. Bien cortado está ese frac.
- PROSP. De veras?
- ELISA. Elegantísimo!
- PROSP. No es un fiambre del Rastro.
- ELISA. Ya se ve que es nuevecito.
- PROSP. Si no la etiqueta canta.  
(Queriendo enseñar el interior del cuello.)  
Con el letrero atestiguo.  
«Sanchez Esteller.» Gran sastre.
- ELENA. Sí señor, muy conocido.  
Alcalá, trece.
- PROSP. Eso es.
- ELENA. Un entresuelo.
- PROSP. Justito!
- ELENA. Muy hábil; tanto que á Pepe,  
un primo segando mio,  
le ha quitado la joroba.  
Poco tieso que anda el chico!
- ELISA. La ropa, hay que convenir  
en ello, sí, obra prodigios!
- ELENA. Cambiarse por ella en guapos  
mil fenómenos he visto.
- PROSP. Es por mí lo de fenómeno?
- ELISA. Cá! Puede usted presumirlo?
- ELENA. Usted nunca ha sido feo!
- PROSP. Señora!...
- ELENA. Usted siempre ha sido  
un hombre muy agradable,  
si no guapo, vistosillo.  
Pero ha ganado usted mucho.  
Si le viera á usted su amigo...
- PROSP. Qué amigo?
- ELENA. Julio, el filósofo!  
El de la hucha! (Gran ironía.)
- PROSP. Pobrecillo!
- Un loco!
- ELISA. El que pretendía  
restaurar el paraíso? (Rie.)
- PROSP. Vaya!
- ELISA. Y cambiando de asunto,

dígame usted, picarillo,  
por qué ha tardado usted tanto?  
PROSP. La verdad, voy á decirlo.  
Sin salir de casa estuve  
esperando un dijecillo  
que encargué hace cuatro dias.  
Es este que á usted destino.  
(Dándole un estuche pequeñito.)

ELISA. Mil gracias! Ay, qué monada!

ELENA. Á ver!

ELISA. Un medalloncito  
de turquesas y brillantes.

ELENA. Este del medio es gruesísimo!

PROSP. Símbolo de la firmeza  
de mi acendrado cariño.

ELENA. Vé á enseñarlo á todo el mundo.

PROSP. Para qué?

ELISA. Si es tan bonito!

PROSP. Ya los tendrá usted mejores,  
más elegantes, más ricos.  
Hoy celebramos la boda,  
verdad? Pues mañana mismo  
partiremos para Francia.  
Ya está todo prevenido.  
Y en París, centro del lujo,  
de la reina moda el nido,  
cuna de las novedades  
y alcázar de los caprichos,  
usted comprará á su antojo  
alhajas, muebles, vestidos  
y cuanto guste adquirir.  
Usté es hermosa, yo rico,  
y es justo que mi riqueza  
sirva para alzar á su ídolo,  
do rendirle culto ardiente  
un templo de oro purísimo!

(Elisa queda pensativa.)

ELENA. (Ay! Si me lleva á mí á Francia  
en dos dias lo liquido.)

PROSP. (Por qué estará pensativa!)

ELISA. (Será un anzuelo finísimo  
para conocer mi idea?)



Hay que vivir sobre aviso!

PROSP. Se ha ofendido usted, Elisita?

ELISA. Sí, la verdad, me he ofendido.

Yo me caso con usted  
por lo que vale: no miro  
si son sus riquezas muchas.

PROSP. Como usted á Enrique le dijo  
que un recurso era la boda  
de hallar el libre albedrío  
de ser dueño del dinero.

ELISA. Eso dije, y ahora digo  
que era una chicuela tonta,  
sin experiencia ni juicio;  
de entónces acá muy cerca  
de año y medio ha trascurrido.

ELENA. (Ya la veo de venir,  
qué talentazo!)

ELISA. (Ya es mio!)

Sí, me halaga su fortuna,  
puesto que pone al abrigo  
del porvenir nuestra vida;  
pero sepa usted, amiguito, (Cariñosa.)

que le voy á atar muy corto,  
muy corto, pero muchísimo!

Miren el derrochador!

Seré dueña del bolsillo,  
sí señor, que en esas manos...

Pues me gusta el señorito!

No, don Próspero, esto es broma.

Esclava de mi marido,  
mi voluntad será suya,  
su mandato el gusto mio!

Pero hay que ser económicos,  
hay que guardar, es preciso.

Si la voluntad de Dios  
nos concediera algun hijo,  
y su peculio gastáramos,  
qué fuera del pobrecillo?

Gastaremos la mitad  
de la renta, y los ahorrillos  
poco á poco irán formando  
un rincón para los chicos.



Comodidad, poco lujo,  
no déficit, rinconcillo.  
Ay! los convidados llegan.  
voy á arreglarme el prendido.  
Economías, afecto,  
mucha calma y mucho mimo,  
y un eden será esta casa,  
modelo de paz. He dicho!  
(Sí, pero del dicho al hecho  
siempre diferencia ha habido.) (Váse.)  
(D. Próspero queda pensativo y Doña Elena muy  
gozosa, la observa desde cierta distancia.)

## ESCENA VII.

DOÑA ELENA y D. PRÓSPERO.

PROSP. (Vaya usted á comprender...  
á Enrique jóven, bien quisto  
le habló de gastar en lujos,  
sin hablar de su cariño.  
Y á mí, un carcamal, un viejo...  
me transforma en dios Cupido.  
Y quiere hacerme creer...  
Será cierto lo que dijo?  
Se habrá operado algun cambio  
viniendo aquí el paraiso?)  
(Mientras esta última frase, queda Doña Elena co-  
gida del brazo de D. Próspero.)  
No! que veo á la serpiente!  
Qué cara de cocodrilo.)  
(Viendo á Doña Elena.)

ELENA. (Con ridícula coqueteria.)  
La oyó usted? Digo, la oíste?  
que entre una madre y un hijo...

PROSP. (Valiente mamá me he echado!)  
Con mucho placer lo he oído.

ELENA. Qué alhaja!

PROSP. Mucho, qué alhaja!

ELENA. Fruto de consejos malos!

PROSP. Ya se conoce.

ELENA. Acompáñame.  
Te agrada el tú?

PROSP. (Con sorna.) Es mi delirio.  
(No me tuteabas más,  
ni me hacías cariñitos  
si estuviera á quince pasos  
del estanque del Retiro. (Vánse por el foro.)  
(Ya hay gente en el salon, un criado vuelve á  
cerrar la puerta.)

## ESCENA VIII.

ANTONIO, por la derecha, viene muy abatido.

Ya las complací! Reniego  
de ser débil! Con razon  
de la pena en que me anego,  
brotan lágrimas de fuego  
que abrasan mi corazon.  
Justo es que el dolor me venza.  
Mi crimen es ináudito.  
(Saca la carta y la besa.)  
Solo estoy! Llanto, comienza!  
Cuando el hombre se avergüenza  
de llorar, es que hay delito.  
Lágrimas, podeis correr;  
dura pena me acongoja  
y ¡es horrible el padecer  
del que llora sin tener  
quien el llanto le recoja!  
Feliz quien pueda quejarse!  
Llorar, teniendo un amor  
y en su seno lamentarse,  
no es llorar! Eso es, curarse  
con lágrimas un dolor. (Pausa.)  
Pero el secreto conviene;  
hasta encontrar el consuelo  
el alma sufra y se apene.

## ESCENA IX.

ANTONIO y JULIO.

JULIO. Buenas noches.



ANT.

Julio! (Viene como llovido del cielo!)

(Julio viene en el mismo traje del acto segundo. Muy decente, pero no muy elegante.)

JULIO.

Qué lujo! Cuánta elegancia!  
Qué salones tan espléndidos!  
Viendo mi traje á la luz  
de esos candelabros régios  
de vestir estos harapos,  
no lo oculto, me avergüenzo.

ANT.

(Habla con sinceridad?...)

JULIO.

Si no se deshonra el dueño,  
yo le suplico que abrace  
á su antiguo compañero.

ANT.

Julio! Deshonrarme yo! (Se abrazan.)

JULIO.

En tu frente miro impreso  
el sello de la alegría, (Ironía.)  
el goce tranquilo y quieto  
que dan el buen proceder,  
la abundancia y el sosiego  
de una conciencia serena.  
Te felicito por ello.

ANT.

No debo dejar que sigas  
si no es tu labio sincero,  
y si lo es, de tu ignorancia  
burlarme, Julio, no debo.  
En uno ó en otro caso  
la verdad decirte quiero.

JULIO.

Cuál es la verdad?

ANT.

Que yo,  
con vergüenza lo confieso,  
estoy arruinado Julio;  
el mobiliario soberbio  
que ves, las mismas alhajas  
falsificadas ya ha tiempo  
con que mi mujer se adorna,  
todo ese aparato régio  
nada es mio, están mis rentas  
y mi capital deshechos,  
y hasta mi honra es esclava  
de sórdidos usureros.

JULIO.

(Con acritud.)

Lo sabía.



ANT. Lo sabías?

JULIO. Sí señor, vine por eso.

De otra suerte no viniera.

Otra levita no tengo, (Con fuerza.)

y debo temer sin duda

que la manche este aire infecto,

porque yo todos los días

hacerme ropa no puedo.

ANT. Julio!

JULIO. Antonio!

ANT. (Cambiando de aire.) Ten piedad!

Puede salvarme un esfuerzo.

Don Próspero es millonario.

Celebrado el casamiento,

su capital será el áncora

de salvacion; yo te ruego

que para sagrado asunto

me prestes algun dinero. (Con cierto temor.)

JULIO. Imposible!

ANT. Qué me dices?

No lo tienes?

JULIO. Si lo tengo,

y es mio. Mas tras la afrenta

de verte pedir un préstamo,

quiero que escuches la doble

de que hacértelo no quiero.

Para qué lo necesitas?

Para que ese mundo necio

no te critique esta noche

viendo burlado el festejo?

Manjares! Yo no los como!

Gran vino! Yo no lo bebo.

(Ligera pausa.)

Forma un padre un capital,

muere y pasa á un heredero,

presumido y casquivano,

y en su ceguedad, creyendo

que no ha de acabarse nunca

el yugo de sus terrenos,

triunfa, gasta, dilapida,

se casa, al yugo sujeto

de mujeriles caprichos

ó de insensatos deseos.  
Carácter débil, el mal  
no sabe cortar á tiempo  
sin ver que esos caractéres,  
tratándose de este sexo,  
del crimen que se perpetra  
son cómplices cuando ménos.  
Tan malo es quien hace el crimen  
como aquel que deja hacerlo!

ANT. (Tiene razon. Es verdad!  
en pena y dolor me anego!)

JULIO. Llega por fin la miseria  
tras el acompañamiento  
de la usura, de los agios,  
tal vez del delito feo,  
y sumido en la pobreza  
y en el deshonor envuelto,  
como moneda corriente,  
como perfecto derecho,  
sin ver que hay en cada esquina  
una madre con su hijuelo  
con lágrimas en los ojos,  
mendrugos de pan pidiendo  
para el que muere de frio  
sobre el aterido seno;  
acércase á la honradez  
que formó un caudal modesto;  
y sin morir de vergüenza  
se atreve á pedir un préstamo.  
Cien veces diré que no!  
No he robado lo que tengo;  
para un padre ó para un hijo  
se pide no más dinero! (Pausa.)

ANT. Es verdad cuanto me dices.  
Corrí por el mundo ciego.  
Ya no pido para mí,  
para mi hijo! (Implorándolo.)

JULIO. No te creo!

ANT. Yo te juro que es verdad.

JULIO. (Feroz.) Dónde está mi ahijado?

ANT. (Con timidez y dudas.) Lejos;  
al pueblo... con la nodriza.



Diez meses que no le veo.

(Bajando los ojos.)

JULIO. Y á decírmelo se atreve!

Ardides sin duda y cuentos.

ANT. Desconfías de mi súplica?

JULIO. Cuando se llega á tu extremo,  
con el nombre de los hijos  
se hace un tráfico grosero.

ANT. Julio, acredite esta carta  
que es verdad lo que te cuento.

(Julio arrebató la carta.)

JULIO. Lo sé; si vengo por ella. (Con fuerza.)  
Si el señor cura del pueblo,  
sabiendo que soy padrino  
de tu inocente pequeño, (Otra carta.)  
ésta me dirige en vista  
de tu criminal silencio.  
No tienes perdon de Dios!  
Si es tu corazón perverso! (Fuera de sí.)  
De rodillas el magnate  
á los piés del pordiosero!  
(Le hace caer de rodillas.)

## ESCENA X.

DICHOS, DOÑA ELENA, ELISA, ENRIQUETA, D. PRÓSPERO,  
y poco á poco todo el acompañamiento, incluso el escribano  
del acto anterior, que está al lado de D. Próspero.

ELENA. Pero qué voces son estas?  
(Calla! Está aquí el estafermo?)  
(Á Julio, con mal modo.)

Con el permiso de quién  
ha entrado usted, caballero?

JULIO. Con el mio, que no es poco.  
Venid á oír un secreto (Destemplado.)  
que interesa á todo el mundo.

ELENA. Qué escándalo! Por qué es esto?

JULIO. Porque quiero publicarlo,  
porque es preciso. Silencio!  
Antonio está en la miseria. (Sensación.)

ELENA. Es falso! (Con fuerza.)



JULIO. Yo lo mantengo.

ELENA. Créanme ustedes á mí.

(Yendo á unos y á otros.)

Eso es calumnia! Tenemos  
mejor posicion que nunca!

JULIO. Lo afirma usted?

ELENA. Y lo sostengo.

JULIO. Entónces doble es el crimen,  
es inaudito, es horrendo!  
Ved la carta que me escribe  
el señor cura del pueblo,  
donde estas gentes mandaron  
sin duda como deshecho  
para que no incomodara,  
al hijo que les dió el cielo. (Pausa.)  
(Lee.) «La nodriza por reveses  
»de salud se halla postrada,  
»y le faltan intereses,  
»pues ya va para seis meses  
»que no coge su soldada.  
»No debo callarlo, no,  
»porque hasta inpiedad sería;  
»el niño me enterneció,  
»y hoy por hoy lo tengo yo  
»de limosna en la abadía.  
»Dios nos abrirá camino.  
»El frio empieza á inquietarle,  
»y aunque yo hácia el bien me inclino,  
»no tengo, señor padrino,  
»ropita con que abrigarle.  
(Algunos empiezan á secarse las lágrimas.)  
»El pobre no está muy bueno,  
»que viva es extraordinario,  
»porque pasa, de hambre lleno,  
»á tomar de seno en seno  
»el sustento necesario.  
»Mi corta paga bendita  
»partimos entre los dos:  
»si su madre es pobrecita,  
»mande usted una limosnita  
»por el santo amor de Dios.» (Llorando.)

ENRIQ. (Con arranque.)

Juro por el Dios celeste  
que lo ignoré. Dios bendito!  
Y en las madres hay un grito  
que siempre es verdad: es éste!  
Me lo ocultaron! Si no  
diga el llanto en que me aflijo;  
si viendo desnudo á mi hijo,  
vistiera de seda yo!  
Yo, que de cariño loca,  
ropa no habiendo que darle,  
fuera capaz de abrigarle  
con hálitos de mi boca.  
Nadie á negarlo se atreva. (Altiya.)  
Juro por mi salvacion...  
Á qué tanta informacion.  
No soy madre? Qué más prueba?  
Ya me da crédito; mira,  
Julio, sabe, mal que os cuadre,  
que entre un hijo y Dios no hay madre  
que pronuncie una mentira.  
(Con la mano sobre el corazon y agarrándose á  
Julio.)

JULIO. Y en vez de callar, ladinos?...

(Á Doña Elena y á Julio.)

ELENA. Si ya intentamos enviar...  
mas no es fácil transitar  
con la nieve los caminos.

JULIO. Para ello no cien jornales,  
vive Dios, se necesitan!  
(Arranque.)  
No hay nieve que no derritan  
las lágrimas paternas.  
Cuando el hombre dice, quiero,  
potente es su voluntad.

ELENA. Á qué es mentir? la verdad,  
no teníamos dinero.

ENRIQ. Poco el decirlo te cuesta,  
pues con los ojos enjutos...  
Hé aquí, señora, los frutos  
de tu educacion funesta.  
La culpa la tengo yo,  
que incauta tu voz oí,



que tus consejos seguí.

Por tu culpa...

JULIO. (Como horrorizado.) No! Eso no.

(Sentencioso y con tranquilidad.)

Desde las regiones altas,

la voz del Señor nos dijo,

que del padre debe el hijo

respetar hasta las faltas.

Si alguna al padre sombrea,

le toca juzgarla al cielo;

al hijo correrle un velo

para que nadie la vea.

No es buen hijo quien la ensancha

á fin de dejarla ver.

Ni él mismo debe creer

que es verdad aquella mancha!

Diz la ley, de Dios en pos,

honrarás á padre y madre.

Con sólo dudar de un padre

se falta á la ley de Dios! (Pausa.)

(Á Enriqueta.)

Enrique, con un cariño

cual si usted fuera su hermana,

ha salido esta mañana

á traer nuevas del niño.

ENRIQ. Ojalá me alivié el peso  
del alma, un infeliz anuncio!

ELISA. Mamá... á la boda renuncio.

ELENA. Hija mia, cómo es eso?

Conque desairada sobre...

La vida harás que me cueste!

ELISA. Si el premio del lujo es este  
yo quiero un marido pobre.

ELENA. Se evapora tu ambicion.

Por qué? Yo quiero que explique...

ELISA. Pues no ves que adoro á Enrique  
con todo mi corazon?

(Aparece Enrique por la derecha. Oye la frase.  
Movimiento de Doña Elena.)

Déjame la voluntad!

Harto vivió prisionera!

¡Que salga una vez siquiera



de mis labios la verdad!  
(Arranque de sinceridad.)

## ESCENA XI.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQ. Elisa!

ELISA. Enrique!

JULIO. Los dos...

(Los junta y los abraza.)

ENRIQ. Y el niño? (Gran interés)

ENRIQUE. Querida hermana,

Vive y llegará mañana.

ENRIQ. Bendito mil veces Dios.

¡Qué rica felicidad!

De gozo inunda la nueva.

Cuando Dios me ayuda es prueba  
de que dije la verdad.

JULIO. Mandé por ese camino  
un socorro al desdichado.  
Para salvar á su ahijado  
la huchita rompió el padrino. (Á Doña Elena.)

Y aún le reservo un caudal  
y no en monedas de cobre.

Para ser padrino pobre  
no me he portado muy mal.

Libres vuelven tus amores.

Gozad plácida alegría. (Á Elisa.)

PROSP. (Pues señor, llegó la mia!

Una palabra, señores?

ELISA. (Qué será?)

JULIO. (Algun despropósito.)

PROSP. Decir debo aunque avergüence...

que ántes de las doce, vence

su escritura de depósito. (Á Antonio.)

(Saca una, la toma Julio.)

No su posicion envidio!...

ANT. No puedo pagar...

ENRIQUE. (Mal paso.)

PROSP. La insolvencia en este caso

tiene pena de presidio. (Con hipocresía.)

- ELENA. Pero el que paga...
- PROSP. Está absuelto.
- ELENA. Entónces poca es la pena.
- JULIO. (Á dónde va doña Elena  
con un aire tan resuelto?)  
(Doña Elena saca una cajita del secreter.)
- ELENA. Si hubiera usted empezado  
por ahí... Qué? (Viendo vacía la caja.)
- ENRIQ. Jesús María!  
Está la caja vacía.  
Dios mio, nos han robado!
- PROSP. Buena comedia.
- ENRIQ. Ay de mí  
y de mi pobre marido!
- PEPITA. (Sale saltando como una chiquilla.)  
Tú acertaste con el nido,  
pero el pájaro está aquí.  
(Haciendo sonar dinero en una hucha. Rie mucho.)
- ELENA. Aquí el dinero no estaba?  
Yo hubiera jurado ver...
- PEPITA. Tú me le viste esconder,  
pero no que lo sacaba.  
Con tu genio gastador  
mi dinero ya Dios sabe.
- ELENA. Por qué negabas la llave?
- PEPITA. Para engañarte mejor.  
Yo que mañana iba á hacer  
con un dinero contante... (Con cierta pena,)  
Corriente, más adelante (Con resolucion.)  
me vestiré de mujer.  
En fin, tome usted...  
(Da el dinero á D. Próspero.)
- JULIO. Qué chica!
- PEPITA. Y guárdele usted, señor.  
Sería mucho peor  
que se gastara en botica.  
Con gloria del lance salgo  
y los resultados toco.  
Dar de cenar es muy poco,  
salvar una honra es algo.  
De qué modo tan sencillo  
he curado aquí una pena.



- Ves tú qué cosa tan buena  
es guardar un rinconcillo?
- JULIO. Buena leccion!
- ELENA. Qué escarmiento!  
Viví ciega... así se explica.
- JULIO. Un Jordan que purifica  
es el arrepentimiento.  
Con gozo el alma te escucha.  
Dad ménos culto á la moda.
- ELISA. Yo por regalo de boda...
- JULIO. Qué me dices?
- ELISA. (Con gracia é ingenuidad.) Qué? Una hucha.
- JULIO. Hoy tu redencion empieza,  
la tuya y la de los dos.  
(Enriqueta y Doña Elena.)  
Qué ménos puede hacer Dios  
que dejarte en la pobreza? (Á Antonio.)  
Y si benigno ha salvado  
á vuestro hijuelo querido,  
es porque habeis delinquido  
sin conciencia del pecado.  
Desde hoy otra vida empieza  
que vuestra dicha asegura.  
Lejos de casa la usura  
que ha usurpado tu riqueza.  
(Por D. Próspero, á quien todos miran con desden.)  
Trabajo y economía;  
así no podeis vivir.  
Pensad en el porvenir.  
Basta de vivir al dia.  
Hucha, hermanos, hucha, hermana,  
sólo este consejo os doy.  
No olvideis que tras el hoy,  
llega el dia de mañana.

FIN DE LA COMEDIA.







3 0112 117459138